

Santiago Fernández Conti

## EL PRIOR DON HERNANDO DE TOLEDO, CAPITÁN DE FELIPE II Y DE SUS CONSEJOS DE ESTADO Y GUERRA<sup>1</sup>

### 1. INTRODUCCION

El prior don Fernando de Toledo tenía verídico entendimiento y conocimiento de las cosas de Flandes, Francia, Italia y en mar y en tierra, medianamente colérico, con gracia y buena presencia, aunque sujeta a alteraciones, y apto para el trabajo de ánimo y cuerpo, claro, grave, ni instable ni severo, cuanto requería el grado de su fortuna; pero las demás inclinaciones del ánimo le hacían resolutivo en los consejos, pronto en las ejecuciones y conciertos, osado y atentado en las empresas, generoso en los fines, celoso y liberal, amador de la justicia<sup>2</sup>.

#### <sup>1</sup> ABREVIATURAS

AA.: Archivo de los Duques de Alba (Madrid)

AGS.: Archivo General de Simancas (Valladolid)

CC.: Cámara de Castilla

E.: Estado

GM.: Guerra y Marina

AHN: Archivo Histórico Nacional (Madrid)

CS.: Consejos Suprimidos

AZ.: Archivo Zabálburu (Madrid)

BL.: British Library (Londres)

Add.: Additional

BNM.: Biblioteca Nacional (Madrid)

CODOIN.: *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*

EDA.: *Epistolario del Tercer Duque de Alba*

IVDJ.: Instituto Valencia de Don Juan (Madrid)

RAH.: Real Academia de la Historia (Madrid)

<sup>2</sup> L. Cabrera De Cordoba, *Historia de Felipe II, Rey de España*, Madrid 1876, vol. III, p. 251.

Los datos que conocemos de la vida de don Hernando de Toledo, hijo natural del III Duque de Alba, alcanzan poco más de la clásica descripción del cronista, y no se corresponden con la importancia real del personaje<sup>3</sup>. Don Hernando fue por sí solo digno representante de los valores de la Casa de Alba en el siglo XVI: aunó en su persona el gusto por la cultura del Renacimiento con el servicio militar y político a la Monarquía, las viejas tradiciones de la aristocracia medieval con las obligaciones que se abrían a la nobleza cortesana merced al establecimiento de las nuevas estructuras políticas del poder en la segunda mitad del Quinientos. Basta un breve repaso por su biografía para confirmar estos aspectos: general en el Mediterráneo, Flandes y Portugal, enviado en Francia, virrey de Cataluña y, finalmente, consejero de Estado y Guerra en el gobierno de la Monarquía.

Muy probablemente, este desconocimiento secular sea debido a la poderosa sombra de su imponente padre. Y este aspecto resulta especialmente interesante, tanto, que habrá de constituir el objetivo de nuestro trabajo: demostrar hasta que punto la carrera de un miembro segundón de uno de los linajes castellanos de más renombre estuvo directamente influida, en todas sus etapas, por la situación política del jefe de la casa. De acuerdo con este propósito, habremos de analizar en cada momento el estado de la Corte y del gobierno de la Monarquía, de manera que los 46 años de servicio de don Hernando nos permitirán obtener una visión global del reinado de Felipe II. Es decir, asistiremos no solo a los principales eventos político-militares de la época, sino también a la progresiva transformación del gobierno de la Monarquía, que habría de culminar con el asentamiento del sistema polisindial, separado del ejercicio político, esquema articulado mediante las relaciones clientelares, que se nutrían de la *gracia* emanada del monarca. La Corte se convirtió así en lugar donde se decidía la suerte o la desgracia de los principales linajes de los reinos; en imán de todos aquellos que, con una cuna adecuada, se creían con méritos suficientes en el servicio real como para rematar su carrera disfrutando de tan magnífica fuente. El prior no fue una excepción pues, como habría de reconocer en 1582, moribundo ya su padre, “my voluntad [...] es estar en la Corte y no apartarme della, si no fuese para tornar a ella”<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> Disponemos únicamente de A. Salcedo Ruiz, *Un bastardo insigne del gran Duque de Alba (el prior D. Hernando de Toledo)*, Madrid 1903, obrita centrada en gran medida en la comedia de Lope de Vega, “El Aldegüela”, en la que el escritor, deudo de la Casa de Alba, dramatizó las circunstancias del nacimiento del prior, que Salcedo sitúa hacia 1527 ó 1528.

<sup>4</sup> Carta a Mateo Vázquez de 20 de agosto de 1582, AGS. GM, leg. 129, nº 218.

Una última cuestión, antes de sumergirnos en la vida de don Hernando, o deberíamos decir de fray Hernando de Toledo: su vinculación a la Orden de San Juan de Jerusalén, también conocida como Orden de Malta<sup>5</sup>. En cierto modo, se trataba de una herencia más de la Casa de Alba, desde que Fernando el Católico consiguiera el nombramiento de Gran Prior para Diego de Toledo, hijo del II Duque de Alba, con el fin de premiar los servicios prestados por éste. Con todo, algunos problemas por su posesión con el ducado de Béjar llevaron a Carlos V en 1517 a dividir el priorato entre León y Castilla, para satisfacer a ambos linajes<sup>6</sup>. Pero a finales de los años cincuenta los dos priorazgos estaban de nuevo en manos de los Toledo: mientras el III Duque de Alba había conseguido el de Castilla para el sustento de su hijo natural, su pariente, Antonio Enríquez de Toledo, disfrutaba de la dignidad de León.

En todo caso, en enero de 1566 el Consejo pleno de la Orden se reunía en Malta y, con el consentimiento de don Antonio y don Hernando, tomaba una decisión trascendental sobre el futuro de la orden en Castilla y León. Cuando falleciere el primero de los dos priores, los prioratos se unirían bajo la autoridad del superviviente<sup>7</sup>. Este objetivo no estuvo exento de dificultades – por ejemplo, en septiembre de 1577 don Hernando denunció la actitud de ciertos caballeros, que conspiraban en Malta para impedirlo<sup>8</sup> – pero, finalmente, con el óbito de don Antonio en marzo de 1579 nuestro protagonista se convirtió en Gran Prior de Castilla y León en la orden de San Juan de Jerusalén<sup>9</sup>. Y estaba previsto que fuera el último no ligado a la familia real. En este sentido, dos años antes de la unión el Gran Maestre, a instancias de Gregorio XIII y Felipe II, nombraba sucesor de don Hernando en el priorato

<sup>5</sup> Sobre la Orden de San Juan de Jerusalén, nos remitimos al estudio bibliográfico que presenta C. de Ayala Martínez, *Libro de privilegios de la Orden de San Juan de Jerusalén en Castilla y León (siglos XII-XV)*. Ms. H211 del Museum and Library of the Order of St. John, de Londres, Madrid 1995, pp. 21-47.

<sup>6</sup> Para estos movimientos, P. Guerrero Ventas, *El Gran Priorato de Castilla y León de la Orden de San Juan de Jerusalén en el Campo de la Mancha*, Toledo 1969, pp. 190 y ss; y, mas recientemente, C. Barquera Gotti, *Disputas por el priorato del Hospital en Castilla durante los siglos XVI y XVII*, "Hispania", LVIII/2, num. 199 (1998), pp. 537-557.

<sup>7</sup> Véase la carta da Felipe II al gran Maestre de San Juan, el 28-X-1566, aceptando el acuerdo, en AGS.E, libro 77, fol. X.

<sup>8</sup> Carta a Mateo Vázquez de 7 de septiembre de 1577, IVDJ. Envío 13, caja 25, n° 520; según el prior, ciertos caballeros pretendían que si en el momento de la unión el prior superviviente debiere algo al Tesoro de la Orden, el priorato pasaría al más anciano de sus integrantes. El problema era que don Hernando adeudaba 30.000 ducados, pedidos para servir al rey. Tan larga explicación se debía a la necesidad que tenía el prior de 15 días de licencia para acudir a Madrid a una asamblea y desmontar la trama.

<sup>9</sup> Sobre este aspecto, D. Aguirre, *El Gran Priorato de San Juan de Jerusalén en Consuegra en 1769*, Toledo 1973, p. 153. Curiosamente estos datos no coinciden con la lista de priores que proporciona el autor en p. 186.

al archiduque Wenceslao, sobrino del Rey Católico. Pero, dada la temprana muerte de éste, en diciembre de 1578 se facultaba a Felipe II a elegir para la dignidad, desaparecido don Hernando, a la persona de su sangre que fuere su deseo<sup>10</sup>.

El hecho de tener regios sucesores fue un argumento utilizado en repetidas ocasiones por don Hernando para defender los intereses del priorato<sup>11</sup>. Y eso que, como había de reconocer, disfrutaba de una hacienda “que no niego que no sea de las maiores de España” pues la dignidad de San Juan proporcionaba a su titular una gran capacidad económica, además de acreditarle como uno de los principales señores de Castilla<sup>12</sup>. Años más tarde, Felipe IV aseguraba que

es una de las mayores dignidades de estos reinos, y demás de las rentas eclesiásticas que goza, está dotada con el señorío, jurisdicción y vasallaje de tantas villas, castillos, fortalezas y vasallos que iguala en esto a muchas casas de grandes de estos reynos, y por racon dellas a devido, y deve, a los Reyes hacer juramentos y servicios que los demás grandes hacen por bienes temporales.

Efectivamente, don Hernando puso la riqueza del priorato al servicio del monarca. Amén del gasto pecuniario propiamente dicho (que le habría de generar un fuerte endeudamiento), ello incluía aspectos claramente militares, como por ejemplo el reclutamiento de soldados en el territorio de la Orden o el aprovechamiento del salitre descubierto en el mismo, material imprescindible para la fabricación de la pólvora. Sin olvidar, cuestiones materiales

<sup>10</sup> En AGS. E, leg. 1873 (sin foliar), se halla una extensa documentación sobre el priorato, incluidas copias de todas las disposiciones que, sobre la sucesión en esta dignidad, se dieron en la década de 1570, así como los pasos dados por Felipe II a la muerte de don Hernando para proveer el priorazgo; el sucesor sería Filiberto de Saboya.

<sup>11</sup> Por ejemplo, en marzo de 1583, la villa de Tembleque, perteneciente al priorato, presentaba en el concilio de Toledo una petición, pretendiendo que el prior estaba obligado a asistirle con un noveno de la renta de los diezmos para la construcción de la Iglesia; como informó a Felipe II, don Hernando escribió al arzobispo “para que abracen este negocio con muchas veras, por la parte que a V. Mag. le toca por lo venidero, porque haviendo V. Mag. de proveer estos priorazgos en alguna persona de su real casa, le sería en gran perjuicio de su hacienda y importaría más de 10.000 ducados durante cada año”, BL. Add. 28.344, fol. 32.

<sup>12</sup> Carta a Mateo Vázquez de 16 de agosto de 1579, IVDJ. Envío 11, caja 20, n° 239. En AGS. E, leg. 1873 (sin foliar) se halla una “Relación de la hacienda y rentas que tiene la dignidad prioral en los priorazgos de Castilla y León”, elaborada hacia 1625, y que sumaba un total de 73.045 ducados de renta al año, a los que había que restar unos 8.000 ducados de cargas varias. Realmente, y salvando las lógicas distancias con los tiempos del prior, era una buena suma, solo por debajo de las principales casas nobiliarias.



aparte, la luenga tradición castrense de la “religión” que hizo entrar en la leyenda a sus caballeros<sup>13</sup>, espíritu guerrero que impregnó la trayectoria vital del prior pues, como afirmó a Felipe II: “es bien verdad que la grandeza y reputación de los Príncipes sustentan los reinos, pero esta deve ser defendida y ayudada con las armas, y de no estar armados para las cosas que vienen, muchas veces sucede la ruina”<sup>14</sup>.

## 2. AÑOS DE FORMACION (1545-1565)

Aparte de la leyenda, plasmada en la comedia de Lope de Vega, muy poco sabemos sobre la infancia y juventud de don Hernando. En 1579 argumentaba que los 34 años que llevaba en el servicio real apenas le habían reportado ninguna merced<sup>15</sup>; si el afán de respaldar su pretensión no le llevó a la exageración, hay que situar el comienzo efectivo de su carrera hacia 1545. Ese fue el año en que el Duque de Alba abandonó la península ibérica para auxiliar al Emperador, tras una larga temporada asistiendo al príncipe Felipe en el gobierno de la regencia. Dado que carecemos de noticias directas sobre su actividad durante los nueve años siguientes, parece lógico suponer que acompañó a su padre entonces, saliendo de Castilla por vez primera, y que siguió su estela con posterioridad. De hecho, en su nombramiento de coronel en 1556 se aludía a los servicios prestados a Carlos V en el campo de batalla.

En 1554, don Hernando viajó a Inglaterra junto al duque, en el séquito del príncipe Felipe, que se dirigía a contraer matrimonio con María Tudor<sup>16</sup>.

<sup>13</sup> A este respecto, dentro de la numerosa bibliografía existente, la reciente obra de síntesis H.J.A. Sire, *The Knights of Malta*, New Haven 1996 (cap. X para las lenguas de Aragón y Castilla, con algunos errores en pp. 151-153 sobre la disputa entre los Zúñiga y los Alba).

<sup>14</sup> BNM. Ms. 1761, fol. 186, copia de carta a Felipe II en 1585.

<sup>15</sup> Carta a Mateo Vázquez de 10 de mayo de 1579, IVDJ. Envío 11, caja 20, n° 235; repetía los años de servicio en misiva de 12 de julio, *ibíd.*, n° 238.

<sup>16</sup> Sobre el séquito del príncipe, Cabrera De Cordoba, *Historia*, cit., vol. I, p. 23. Crónicas contemporáneas de este viaje son las de A. Muñoz, *Viaje de Felipe Segundo a Inglaterra*, Madrid 1877 (pub. por P. Gayangos en “Sociedad de Bibliófilos Españoles”, vol. XV, a partir de una edición publicada en Zaragoza en 1554); y J. de Van Der nesse, *Journal des voyages de Philippe II de 1554 a 1559*, en L.P. Gachard (ed.), *Collection des voyages des Souverains des pays-Bas*, Bruselas, 1882, vol. IV, pp. 1-82, que contiene una descripción más amplia en el tiempo (a pesar del título – 1554 a 1559 – abarca desde mayo de 1551 hasta febrero de 1560), pero muy esquemática.

Pero Alba no permaneció mucho tiempo en la isla. En junio de 1555 era destinado a Italia, que sin duda se hallaba en una peligrosa situación, amenazada por los franceses. Pero fue también una maniobra política, urdida por el favorito del príncipe, el portugués Ruy Gómez de Silva, y su aliado a la vera de Carlos V, el secretario Francisco de Eraso, con el fin de alejar a su competidor de la escena<sup>17</sup>. Alba sostuvo varios enfrentamientos en el norte de la itálica península antes de la firma de una tregua en Cambrai y el consiguiente acuartelamiento de sus tropas para el invierno. Fue entonces, el 8 de diciembre de 1555, cuando se despachó a don Hernando título de capitán de 50 caballos en el ejército de Lombardía, patente que demuestra que seguía con su padre<sup>18</sup>. Ignoramos si le acompañó en su marcha a Nápoles en enero de 1556, pero el 3 de noviembre recibió el nombramiento de coronel de un tercio de infantería que se levantó en Castilla para reforzar las tropas del Duque<sup>19</sup>.

En septiembre de 1559 Felipe II regresaba a Castilla, dando fin a la regencia de su hermana, doña Juana. En la Corte, Ruy Gómez de Silva, recientemente titulado Príncipe de Eboli, imponía su discreto dominio por encima de las pretensiones del Duque de Alba<sup>20</sup>. El orgulloso aristócrata aguantó escasamente la situación, y protagonizó varias retiradas sonadas, hasta que llegó a asumir su desgracia. Don Hernando siguió el camino de su padre, y durante los tres años siguientes aparentemente no estuvo ocupado en negocios públicos, alternando sus estancias en la Corte con visitas a las posesiones familiares. Así, consta su presencia en Toledo, donde posaba el rey, en marzo de 1560<sup>21</sup>, en tanto que entre marzo y octubre de 1562 permaneció sobre todo en Alba, participando activamente en la administración de los

<sup>17</sup> Sobre este tema nos remitimos a C.J. Carlos Morales, *El poder de los secretarios reales: Francisco de Eraso*, en J. Martínez Millán (ed.), *La Corte de Felipe II*, Madrid 1994, pp. 126-129, que matiza las opiniones de W.S. Maltby, *El Gran Duque de Alba: un siglo de España y de Europa, 1507-1582*, Madrid 1985, pp. 115-118 sobre la enemistad de Eraso y Alba así como las fuentes de financiación.

<sup>18</sup> Original en AA, caja 156, fol. 5; copia en BL. Add. Ms. 28435, fol. 153.

<sup>19</sup> El título en AA, caja 53, n° 84. En una nota, contenida en Duquesa de Berwick y de Alba, *Catálogo de las colecciones expuestas en las vitrinas del Palacio de Liria*, Madrid 1898, p. 130, se afirma que se reunió con su padre en ese mismo mes.

<sup>20</sup> Para la situación del Duque de Alba durante los primeros años sesenta, véase nuestro libro *Los Consejos de Estado y Guerra de la Monarquía Hispánica en tiempo de Felipe II (1548-1598)*, Valladolid 1998, pp. 80-84.

<sup>21</sup> En Rah, Ms. M-36, fol. 200v. se conserva copia de un procedimiento sobre los alcazares de Toledo, fechado a 13 de marzo de 1560, que tuvo a don Hernando como testigo.

estados de la Casa, pero siempre bajo la minuciosa supervisión del Duque<sup>22</sup>. Da medida de la confianza que dispensaba en su hijo, el hecho de que no se decidiera a nombrar un recaudador en sus remotos dominios de Huescar (en el sureste de la península) hasta obtener su parecer. Pero la atención de Alba hacia su patrimonio, no le impedía dedicar el tiempo necesario en la Corte a los asuntos de gobierno aunque, en su opinión, la pesada influencia del “eobolismo” seguía negándole el reconocimiento esperado.

En esta época, dos acontecimientos simultáneos dibujan con precisión el alcance de la influencia del duque. En agosto de 1562 Juan Manrique de Lara fue designado como mayordomo mayor de Isabel de Valois, puesto desempeñado interinamente por el mismo Alba durante unos meses, y que esperaba fuera para su primo, el prior don Antonio de Toledo, con la consiguiente decepción<sup>23</sup>; por el contrario, para el tratamiento de la principal preocupación del Rey Católico en asuntos de Estado, la situación en Francia – donde, en opinión de Felipe II, los herejes se crecían debido a la indecisión de la reina madre para terminar con ellos –, el rey acudió a los servicios del segundo prior de la Orden, el de Castilla, que no era otro que don Hernando. Ya en junio de 1562, con el prior bregando en Alba con oficiales y villanos, el embajador francés escribía a la Corte gala que el monarca se disponía a enviarle a Francia<sup>24</sup>, pero la situación se precipitó con la victoria de Dreux sobre los protestantes (19 de diciembre), en la que tomaron parte tropas españolas. Pocos días más tarde, el diplomático aseguraba su próxima partida para felicitar al Rey Cristianísimo por el triunfo, si bien las instrucciones de don Hernando no se firmaron hasta el 8 de febrero de 1563, y todavía tardaría unos cuantos días en ponerse en camino<sup>25</sup>. En Orleans, trató inutilmente de convencer a Catalina de Medicis para que variara su política, esfuerzos de los que dio cuenta personalmente al monarca a su vuelta.

Es decir, si la situación de palacio, el entorno más próximo al rey, estaba claramente en manos de Ruy Gómez de Silva, la influencia del Duque de

<sup>22</sup> Cartas del Duque a don Hernando de 26 de septiembre y 8 de octubre (EDA, I, pp. 544-545) y, al contrario, del prior a su padre de 9 de marzo, 9 y 12 de julio y 23 de septiembre, en AA, caja 52, nums. 231 a 234.

<sup>23</sup> Para este episodio, Maltby, *El Gran Duque*, cit., p. 154.

<sup>24</sup> Carta de 1 de junio de 1562, E. Cabie, *Ambassade en Espagne de Jean Ebrard, Seigneur de Saint-Sulpice de 1562 a 1565, et mission de ce diplomate dans le meme pays en 1566*, Albi 1903, p. 20.

<sup>25</sup> Cartas de 31 de enero, 5 y 25 de febrero y 15 de abril de 1563, *ibíd.*, pp. 113, 114, 116 y 126). Las instrucciones para don Hernando se encuentran en AGS. E., leg. 1499, n° 12, y han sido reproducidas por A.G. de Amezua y Mayo, *Isabel de Valois, reina de España (1546-1568)*, Madrid 1949, vol. III, pp. 205-210, quien las comenta en I, pp. 149-150.

Alba en asuntos de Estado no era desdeñable, hasta el punto de lograr una importante misión diplomática para su vástago natural. Pero ello no era bastante para el orgulloso aristócrata. Poco después del regreso del prior a Castilla, el rey marchó a Monzón, a celebrar Cortes en la Corona de Aragón, negocio en el que se empleó desde agosto de 1563 a mayo de 1564; y el duque, amargado, emprendió la retirada hacia sus tierras de Huescar que, en su opinión, estaban muy necesitadas de su presencia para poner orden. A falta de noticias concretas es de suponer que, desaparecido nuevamente el padre de la escena, el hijo debió permanecer durante este período en los estados de la familia y en las tierras del priorato<sup>26</sup>. Pero la suerte de Alba estaba a punto de cambiar, y buena prueba de ello fue que don Hernando habría de tardar más de diez años en volver a visitar las posesiones de la Orden, absorbido por el servicio real<sup>27</sup>.

La caída en desgracia del Príncipe de Eboli y los personajes que le eran cercanos comenzó a ser visible desde el regreso de Monzón<sup>28</sup>. La *visita* montada contra Eraso en enero de 1563, convenientemente atizada por su enemigo el regente Figueroa (nuevo presidente del Consejo de Castilla), comenzaba a dar frutos políticos dos años después; además, el Duque de Francavilla abandonaba la Corte camino del virreinato de Cataluña y el mismo Ruy Gómez era nombrado en agosto ayo del príncipe don Carlos, prestigioso puesto cuyo único efecto fue cierta separación de los círculos del poder. En el trasfondo subyacía la progresiva necesidad que tenía el Rey Católico de implantar en sus reinos el confesionalismo, proceso marcado por las tensiones entre Felipe II y Pío IV. El “partido ebolista” no era el más indicado para desarrollar esta política, que sería encabezada al poco por un oscuro letrado, el cardenal Diego de Espinosa<sup>29</sup>. Pero, mientras tanto, el Duque de Alba pasó a primer plano en el gobierno de la Monarquía, hecho que reactivó inmediatamente la carrera de don Hernando.

Una de las consecuencias de la desgracia de Ruy Gómez fue su ausencia en uno de los más sonados eventos diplomáticos de esos años: la entrevista

<sup>26</sup> Por ejemplo, en diciembre de 1564 establecía un concierto con fray Gregorio Martínez sobre las primicias de Tembleque, AA, caja 52, n.º 235.

<sup>27</sup> Como se quejaba en carta al rey de 9 de enero de 1576, IVDJ. Envío 10, caja 17, fol. 176.

<sup>28</sup> Para lo que sigue, véase mi libro, pp. 92-97.

<sup>29</sup> Referencia obligada en este tema, J. Martínez Millán, *Un curioso manuscrito: el libro de gobierno del Cardenal Diego de Espinosa (1512?-1572)*, “Hispania”, LIII/1, 183 (1993), pp. 299-344; Id., *En busca de la ortodoxia: el Inquisidor General Diego de Espinosa*, en Id. (ed.), *La Corte de Felipe II*, cit., pp. 189-228.

de la reina Isabel de Valois con su madre en Bayona, de mayo a junio de 1565, que fue aprovechada por Felipe II para realizar un importante esfuerzo con el fin de convencer a su suegra de la perniciosa política religiosa que desarrollaba. La delegación estaba encabezada por el Duque de Alba, que llevó consigo a su hijo, el prior<sup>30</sup>. Tuvo un papel destacado en el protocolo del encuentro, y su reciente experiencia en Francia le deparó así mismo un lugar en la mesa de negociaciones.

### 3. AL FRENTE DE LOS EJERCITOS DEL REY (1566-1586)

#### 3.1. *El Mediterráneo (1566)*

Mientras en Bayona fiestas y divertimentos encubrían duras conversaciones diplomáticas, en el Mediterráneo la isla de Malta, sede de la orden de nuestro protagonista, era asediada por los turcos. La heroicidad de los caballeros, combinada con los esfuerzos de don García de Toledo, virrey de Sicilia y Capitán General de la Mar, evitaron su caída, pero a finales de 1565 Felipe II se disponía a prevenir los amenazantes avisos de la armada turca para el año siguiente, pues su afán de revancha sería sin duda terrible<sup>31</sup>. Así, en tanto que en la Corte el Duque de Alba fue encargado por el rey de “despachar lo que se ha de hacer este verano en Malta y La Goleta”<sup>32</sup>, sobre el terreno era su primo García de Toledo quien coordinaba las operaciones<sup>33</sup>. Y las dos visiones, a pesar de sus lazos familiares, no siempre habrían de coincidir.

El monarca aprobó el levantamiento de 12.000 hombres destinados a la defensa de La Goleta, y para su mando se barajaron tres nombres (entre ellos el prior<sup>34</sup>), ninguno de los cuales coincidía con el que sugiriera don García en

<sup>30</sup> Cartas del embajador francés de 16 de marzo, 23 de mayo y 10 de junio de 1565, CABIE, *Ambassade en Espagne*, cit., pp. 358, 382 y 389.

<sup>31</sup> F. Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Madrid 1993, vol. II, pp. 485 y ss.

<sup>32</sup> El Duque de Alba a don García de Toledo, 30 de diciembre de 1565, Codoin, vol. 30, p. 47. En esta misiva se anuncia ya la intención de mandar 12.000 hombres a la Goleta (5.000 españoles viejos, 3.000 alemanes y 4.000 italianos).

<sup>33</sup> Para la actividad de don García, véase su correspondencia publicada en Codoin, vols. 29 y 30.

<sup>34</sup> Carta de Francisco de Eraso a don García de Toledo, 18 de enero de 1566: “Muchas opiniones ha habido acá en lo de la Goleta; en fin, en lo que se ha resuelto es en lo que se envía a V.S. La persona que ha de ir con los 12.000 soldados no está declarada. Creo que se proporná a S.M. el señor prior don Fernando, el Marqués de Pescara, el comendador mayor de Alcántara”, Codoin, vol. 30, p. 69.

su correspondencia, que no era otro que su cuñado, el controvertido Marco Antonio Colonna<sup>35</sup>. Es posible que con ello le intentara apartar de Roma, en un momento especialmente delicado, pues en el mes de diciembre había fallecido Pío IV, notorio enemigo del potentado. En todo caso, Colonna permaneció en Roma, al amparo del nuevo pontífice, Pío V, y al frente del “partido español”, y el elegido para la Goleta parece que suscitó escaso entusiasmo en don García, quien se resentía de no ser consultado en el proceso decisorio<sup>36</sup>.

Porque, gracias sin duda a la mano de Alba, el 18 de febrero de 1566 don Hernando recibía en Madrid título de Capitán General para las tropas que Felipe II decidió mandar como refuerzo a La Goleta; el mismo día el monarca encomendaba a García de Toledo la buena correspondencia con el nuevo mando del ejército<sup>37</sup>. Advertido con antelación, tuvo tiempo el prior de estudiar las circunstancias de su nuevo destino, que dieron como fruto unos “Advertimientos sobre lo que le parece [...] se deve proveher para la deffensa de la Goleta”<sup>38</sup>. Merece la pena detenerse unos instantes en ellos, pues la mixtura de consideraciones diplomáticas, estratégicas y logísticas denotan ya el grado que había alcanzado en su formación militar y su profundo conocimiento del escenario en que iba a moverse.

En primer lugar pedía instrucciones sobre las relaciones con el rey de Túnez, y sugería que, pasada la necesidad, se debería exigirle el pago del costo de la expedición, con color de que se había montado para su protec-

<sup>35</sup> En carta al rey de 2 de febrero de 1566, García de Toledo discurría largamente sobre la defensa de la Goleta, y apuntaba que “de los 12.000 hombres de La Goleta, paresciéndole a V.Mag., podría tener cargo Marco Antonio Colonna, el cual quiso venir a servir aquí a V.Mag. El verano passado, y por falta de salud lo dejó de hacer”, Codoin, vol. 30, p. 114. Sobre Colonna, véase M. Rivero Rodríguez, *El servicio a dos cortes: Marco Antonio Colonna, Almirante Pontificio y vasallo de la Monarquía*, en Martínez Millán (ed.), *La Corte de Felipe II*, cit., pp. 305-378.

<sup>36</sup> Así, el 6 de febrero García de Toledo escribía a Eraso, en respuesta de su carta de 18 de enero donde el secretario presentaba la terna de candidatos, que “creo que no dañaría hacerse estas cosas con parescer del que gobierna, o gobernó o gobernare la mar [en clara alusión a su título de Capitán General de la Mar] para evitar con ello muchos inconvenientes”, Codoin, vol. 30, p. 145.

<sup>37</sup> El título en AA, caja 53, nº 85, si bien ya en carta de 4 de febrero el embajador francés daba por hecha la elección, y afirmaba haber hablado con el prior, quien le había comentado que no sabía la fecha de su partida, en caso de que la expedición se llevara a cabo, M.J.C. Douais (ed.), *Depeches de M. de Fourquevaux, ambassadeur du roi Charles IX en Espagne (1565-1572)*, Paris 1896, I, p. 50; poco después se ordenaba a Chapín Vitelo, encargado de levantar gente, que se pusiera a las órdenes del prior, AA, caja 156, nº 8. La carta del rey a don García de Toledo, el 18 de febrero de 1566, en Codoin, vol. 30, p. 149.

<sup>38</sup> Que se hallan en AA, caja 53, nº 33.

ción; pedía así mismo una orientación sobre cual habría de ser el destino de las tropas en caso de no aparecer la armada turca, y recomendaba que permanecieran en La Goleta como prevención, participando en labores de fortificación del enclave. En cuanto a sus oficiales, solicitaba la presencia en la expedición de Francisco de Ibarra, sirviendo su cargo de comisario general; con ello no hacía sino aprovecharse de su reconocida experiencia y de los lazos que mantenía con la Casa de Alba. Concluía pidiendo una buena cantidad de artillería (recomendaba se escribiese para ello a los virreyes de Nápoles y Sicilia, gobernador de Milán y duques de Florencia y Ferrara); para los soldados, zapatos y vino (“pues aviendo de aver tudescos lo pasarían mal sin el, que las otras naciones podrían mejor sufrirlo”) y, en fin, dinero suficiente para vituallas, municiones, gastos de hospital “y otros muchos gastos que se avían de acer para que el ejército quede como conviene”.

Don Hernando puso pues rumbo a Cataluña, donde habría de embarcar hacia Génova. En Barcelona se entrevistó con el virrey, el Duque de Francavilla, quien no pudo por menos de recordarle la virulenta enemistad existente entre sus respectivos familiares, el Duque de Alba y Ruy Gómez de Silva que, a su entender, emponzoñaba el ambiente de la Corte<sup>39</sup>. Pero el prior tenía problemas más urgentes que atender. Su pariente, don García de Toledo, presentaba ya serias discrepancias con el proyecto elaborado en la Corte para la defensa de La Goleta, al albur de las nuevas que llegaban sobre la escasa potencia de la flota turca para ese año, y tomaba sus propias medidas. Ello incluyó la permanencia de don Hernando en Génova, hasta la llegada del mismo don García, que tuvo lugar el 16 de mayo<sup>40</sup>.

Durante estas semanas de espera, don Hernando desplegó su actividad en varios planos. Por supuesto, era menester disponer todo lo necesario para la expedición, y la carencia de artillería no era una de sus menores preocupaciones. Así, tras intentar obtener algunas piezas de Nápoles, solicitó 12 cañones al Duque de Alburquerque, Capitán General de Milán, a cambio de otros que tenía ofrecidos el Duque de Ferrara, pero el primero se negó sin orden expresa del rey<sup>41</sup>. Tuvo tiempo además para cubrirse las espaldas en la Corte con una sentida

<sup>39</sup> Cartas al Duque de Alba y el secretario Albornoza en marzo de 1566 desde Barcelona, AA, caja 52, nums. 236 a 240.

<sup>40</sup> Véanse las cartas de don García al rey de 16 y 26 de marzo, y 19 y 20 de mayo de 1566, Codoín, vol. 30. pp. 170, 217, 242 y 243; y del prior a Felipe II de 19 de mayo, AGS. E, leg. 1395, n° 144.

<sup>41</sup> Carta del prior a Felipe II, Génova, 10 de mayo de 1566, AGS. E, leg. 1395, n° 143: sobre Nápoles y Ferrara, que parece modificó sus planteamientos iniciales, véase la carta de 29 de marzo, AA, caja 52, n° 241.



carta a Francisco de Eraso lamentando el resultado de la *visita* a la que había sido sometido, pues no por ser un notorio enemigo de su padre podía dejar de percibir los restos del formidable poder del secretario en temas hacendísticos, especialmente si su sueldo estaba en juego<sup>42</sup>; y también lo tuvo para escribir al rey sobre la ausencia crónica del cónsul de la nación española en Génova, Gerónimo Centurión (que vivía en Sicilia) y recomendar para el puesto al secretario de la embajada, Francisco de Ugarte<sup>43</sup>. Por último, debía cumplir con los encargos de su progenitor, dirigidos a mantener vivas las relaciones entre la casa de Alba y los potentados italianos, por lo que contactó con Cosme de Medicis<sup>44</sup>.

Con todo, las esperanzas de don Hernando por materializar su primer mando importante fueron vanas. Poco después de su llegada a Génova, el virrey de Sicilia puso en práctica su pretensión de licenciar parte de las tropas por no ser ya necesarias, política que si en principio no había sido bien aceptada por el prior (no cabe duda de que convertía en papel mojado su flamante nombramiento<sup>45</sup>) terminó por ser aprobada por el rey. Pero, de todos modos, hizo el recorrido que tenía pensado. Acompañó a don García a Sicilia y luego se embarcó hacia Malta poco después de que se reuniera, en el mes de enero, el consejo pleno de la Orden. El 14 de julio de 1566 estaba de regreso en Sicilia, y al mes siguiente pisaba de nuevo Rosas<sup>46</sup>. Por aquellos días, los principales consejeros de Felipe II analizaban cuidadosamente el camino a seguir en las “Tierras Baxas”.

### 3.2. Flandes (1567-1570)

La situación en Flandes se había deteriorado de forma ostensible desde el regreso del rey en 1559, y la retirada del gobierno de Granvela en 1563 no

<sup>42</sup> Carta hológrafa del prior a Eraso de 20 de mayo de 1566, AGS, E, leg. 1395, n° 145. Efectivamente, el secretario escribía a don García de Toledo el 26 de septiembre sobre los 3.000 escudos que el virrey había librado a don Hernando por su sueldo, cuyo cobro parecía problemático. Codoin, vol. 30, p. 406.

<sup>43</sup> Carta del prior al rey de 8 de mayo de 1566, AGS, E, leg. 1395, n° 142.

<sup>44</sup> Génova, 29 marzo 1566, AA, caja 52, n° 241. Sobre las relaciones de la Casa de Alba con Italia, véase M. Rivero Rodríguez, *Felipe II y los “potentados de Italia”*, “Bulletin de l’institut historique belge de Rome”, LXIII (1993), pp. 337-370.

<sup>45</sup> AA, caja 52, n° 241, carta de don Hernando al Duque de Alba (Génova, 29 marzo 1566), comentando la poca seguridad de los avisos de la armada turca, “y a mi parecer su Mag. aventurará mucho si iziese lo que don García le escribe que aorrarse de costa si por dos meses que puede aorrar pusiese con aventura lo que por ellos pudiese perder”.

<sup>46</sup> Para estas noticias, las cartas de don García al rey de 16 y 20 de julio, y 2 y 7 de agosto, así como de Sancho de Londoño al Duque de Alburquerque, desde Malta, el 23 de julio, Codoin, vol. 30, pp. 326, 334, 340, 347 y 336.



había arreglado las cosas<sup>47</sup>. La tolerancia religiosa y la usurpación de la autoridad real, en opinión de los ministros del rey, era producto de la actividad de unos pocos nobles y amenazaban gravemente la posición de la Monarquía. Entre octubre y noviembre de 1566, tras intensas deliberaciones en su Consejo de Estado, Felipe II decidió que su presencia en aquellas tierras era imprescindible para enderezar la situación, previo envío de un ejército para dominar a los revoltosos<sup>48</sup>. Y el general escogido para comandarlo fue el Duque de Alba<sup>49</sup>.

Alba se aplicó de inmediato a la ingente tarea de organizar la expedición. A finales de 1566 tenía listos los detalles generales, con no pocas visicitudes, fruto de la enorme complicación logística que representaba mover un ejército por media Europa<sup>50</sup>. A don Hernando le reservó el mando de la caballería ligera y, como a otros oficiales de alto rango, además de su sueldo (300 escudos mensuales) su padre le acabaría asignando una cantidad (242 escudos) para el mantenimiento de sus gentileshombres y oficiales, que eran un total de 16<sup>51</sup>. También se aseguró el duque la buena correspondencia con aquel que despuntaba como el ministro más poderoso del rey, Diego de

<sup>47</sup> Un resumen general de la situación en G. Parker, *España y la rebelión de Flandes*, Madrid 1989; J. Israel, *The Dutch Republic: its Rise, Greatness, and Fall (1477-1806)*, Oxford 1995.

<sup>48</sup> Un excelente y detallado análisis de los acontecimientos que determinaron en la Corte la decisión de intervenir en Flandes, en P.D. Lagomarsino, *Court Factions and the Formulation of Spanish Policy towards the Netherlands (1559-67)*, Tesis doctoral inédita, leída en 1973 en la University of Cambridge, cap. 7.

<sup>49</sup> Sobre la posición del duque, Maltby, *El Gran Duque*, cit., pp. 164-166.

<sup>50</sup> Respecto al prior, muchas de estos acontecimientos nos los relata el embajador francés: así, el 9 de diciembre aseguraba que Alba le había confirmado que el prior estaba a punto de partir hacia Italia, donde habría de tener a su cargo la caballería ligera de Lombardía, Douais (ed.), *Depeches*, cit., I, p. 150 y memorial del mismo mes en p. 156; sin embargo, ya en carta de 5 de enero aseguraba que padre e hijo partirían juntos, desde Barcelona, tras dejar a la duquesa en Alba (*ibid.*, I, p. 168) y en febrero y marzo informaba que el mismo prior le había dicho que sus compañías de caballos habrían de pasar por Francia (*ibid.*, I, pp. 176 y 188). Una visión general de los preparativos en Maltby, *El Gran Duque*, cit., pp. 171 y ss.

<sup>51</sup> Parece que este mando fue conferido directamente por el duque, no por el rey, lo que provocó dudas a la hora del tratamiento que se debía utilizar en las cartas, AGS. E, leg. 538, n° 1. Respecto al sueldo, véase la relación de entretenimientos que dio el duque en AGS. E, leg. 540, n° 106; éstos fueron asignados por Alba ya en Italia, aumentando de forma ostensible las cantidades fijadas por el monarca, Parker, *El camino*, cit., p. 147. Además, en BL. Add. 28.403, fol. 69, se halla la justificación del prior de este gasto ante los contadores del ejército, hecha en Bruselas a 7 de octubre de 1567, con una relación de sus gentiles hombres y oficiales.

Espinosa, a fin de tener las espaldas cubiertas en la Corte. No tardó en llegar una muestra de este entendimiento. Cuando Gabriel de Zayas recibió el título oficial de secretario de Estado para asuntos del norte (8 de diciembre de 1567) gracias a Espinosa, hacía ya meses que se había puesto a completa disposición del duque en lo que fuere menester, renovando sus lazos de fidelidad con el jefe de la Casa de Alba<sup>52</sup>.

Finalmente, el duque partió desde Cartagena el 27 de abril de 1567, llevando consigo las compañías de bisoños que habrían de sustituir en Italia a los tercios viejos destinados a Flandes. Desde Génova, y dado que resultaba imposible el paso por Francia, se trazó una ruta que atravesaba el Piamonte y Saboya, cruzaba el Franco Condado, el Ducado de Lorena y llegaba a Luxemburgo. Se trataba del trayecto que acabaría conociéndose como “Camino Español”, sobre el que descansaron las comunicaciones de la Monarquía durante casi un siglo<sup>53</sup>, y en cuya inauguración don Hernando mandó la parte central del ejército<sup>54</sup>. Ya en aquellas tierras, el Duque hubo de hacer frente a la rebelión armada de Guillermo de Orange. La opinión de don Hernando estaba clara: si se atrevían a atacar, serían aplastados, y los hechos le dieron la razón<sup>55</sup>. Tanto una fuerza reducida, dirigida hacia Maastrich, como el ejército de Luis de Nassau en Frisia, fueron derrotados, y el mismo Orange hubo de terminar por retirarse, arruinado y desmoralizado. Y fue solo después de la campaña cuando el prior don Hernando escribió por vez primera de su propia mano al rey, para informarle de que se había concluido “con tanta reputación y autoridad de V. Mag. cuanto en el mundo se podía desear”<sup>56</sup>.

Una vez alejado el peligro de la invasión armada, don Hernando se integró en cierta medida en los selectos círculos de la nobleza local que permanecía leal a la Monarquía. Brillantes cacerías y torneos eran tradición de la

<sup>52</sup> Véase la carta de Gabriel de Zayas al duque, a 30 de junio, AA, caja 56, n° 61; cit. Maltby, *El Gran Duque*, cit., p. 176.

<sup>53</sup> Acerca de esta cuestión, el estudio ya clásico de G. Parker, *El ejército de Flandes y el Camino Español, 1567-1659*, Madrid 1976.

<sup>54</sup> B. de Mendoza, *Comentarios de lo sucedido en las guerras de los Países-Bajos, desde el año de 1567 hasta el de 1577*, Madrid 1948, p. 406.

<sup>55</sup> El embajador francés, Fourquevaux, informaba el 30 de mayo de la llegada a la Corte de una carta del prior con este vaticinio, Douais (ed.), *Depeches*, cit., vol. I, p. 363.

<sup>56</sup> Carta hológrafa de 23 de noviembre de 1568, AGS. E. leg. 538, n° 26. En realidad, ya antes había escrito al monarca cartas de recomendación, como la de 17 de julio a favor de César Dávalos, hermano del Marqués de Pescara y capitán de una compañía de caballos, *ibid.*, n° 45.

Casa de Borgoña, en los que se revivía el espíritu caballeresco medieval. Tenemos noticia de su presencia en la boda de una hija del Conde de Aremberg, en la que los caballeros españoles tornearon con los naturales. Parece que los primeros quedaron tan mal parados que para borrar el amargo sabor de la escena el prior decidió convidar a las damas a cenar a su casa y, de paso, ofrecerles otra liza<sup>57</sup>.

Divertimentos aparte, el prior tenía obligaciones más importantes que atender. Las buenas relaciones con Espinosa en la Corte eran adecuadamente atendidas por su padre, pero no estaba de más demostrar al privado su alegría por la obtención del capelo cardenalicio y elección para el obispado de Sigüenza<sup>58</sup>. Por otro lado, también tuvo que ocuparse a distancia de la administración del priorato. Para ello tenía destacado en Madrid al comendador Cristóbal Briceño, quien fue sustituido por el doctor Juan Milio cuando el primero hubo de marchar al territorio de la Orden a levantar 600 hombres para Flandes<sup>59</sup>. Sin embargo, como es lógico, la mayor parte de su tiempo lo absorbía su cargo de general de la caballería ligera.

Conocemos a grandes rasgos el mecanismo de su gobierno gracias a la correspondencia que mantuvo con don Lope de Acuña, su teniente general<sup>60</sup>. Era negocio complicado, porque las cinco compañías de caballos ligeros españoles, tres de italianos y dos de albaneses, más dos de arcabuceros (unos 1.200 soldados<sup>61</sup>), estaban desparramadas por las distintas villas que debían atender a su mantenimiento, y se movían continuamente de unas a otras con el fin de no cargar en exceso a ninguna en particular. El mecanismo de subsistencia era sencillo en teoría, pero daba lugar a no pocos quebraderos de cabeza. Los capitanes de las compañías llegaban a un acuerdo con las autoridades locales por la que debían proporcionar las vituallas a un determinado precio y, además, las villas colindantes estaban obligadas a aportar una cantidad de "cebada, feno y paja" para los caballos, a un costo fijado previamente por unos comisarios enviados al efecto. Se estudió la posibilidad de concertar ajustes únicos para todo el territorio, pero las grandes diferencias existentes entre las regiones desaconsejaron la medida. Las ciudades que se negaban a

<sup>57</sup> Carta de Martín González a Lope de Acuña, Bruselas, 12 de junio de 1569, RAH. Ms. A-67, fol. 167; y apostillaba "Plegue a Dios que no se eche la sogá tras el caldero".

<sup>58</sup> La contestación de Espinosa, el 24 de mayo de 1568, en IVDJ. Envío 92, caja 132.

<sup>59</sup> A este respecto, véanse las cartas de Martín González a Lope de Acuña, de 9 y 14 de diciembre de 1569, RAH. Ms. A-67, fols. 200 y 205.

<sup>60</sup> Que se halla en RAH. Ms. A-66, fols. 356-446, y de la que se extraen las noticias siguientes.

<sup>61</sup> Unas relaciones de estas fuerzas en AGS. E, leg. 540, nums. 73 y 77.

colaborar en este sistema recibían serias advertencias, en forma de prisión para sus representantes. Por otro lado, el prior siempre demostró preocupación por el bienestar de sus hombres, si bien, curtido en la dura escuela de su padre, manifestó asimismo su obsesión por el mantenimiento de la disciplina, y fueron frecuentes sus castigos a los soldados que no obedecían a sus oficiales, se trasladaban sin permiso o cometían excesos con la población.

Pero si protegía a los naturales de la soldadesca, tampoco permitía que, siquiera de palabra, determinados elementos civiles ofendieran la memoria del rey Felipe. Y ello se dio cada vez con mayor frecuencia, porque el gobierno del Duque de Alba, siempre con la vitola de la provisionalidad, fue degenerando de forma progresiva. Uno de los aspectos de este proceso fue la acumulación de influencia por parte de sus oficiales, que llevaron irremediablemente al abuso de poder y los escándalos. Don Hernando se vio envuelto directamente en uno de los más sonados, la acusación de corrupción contra el secretario del duque, Juan de Albornoz<sup>62</sup>. Enterado de los rumores, don Hernando quiso intervenir y acudió a su padre para informar, asegurándole que realizaría las averiguaciones pertinentes. Y aquí reside uno de los puntos del conflicto. Según el prior, el duque calló por lo que, aplicando la máxima de que “esto era otorgar”, inició las pesquisas; pero para el factor Jerónimo Curiel, que se quejó fuertemente a la Corte, don Hernando había puesto en marcha una inspección en toda regla usurpando la autoridad del Gobernador General. En todo caso, el prior acudió a Francisco de Ibarra, pues su condición de consejero del rey (lo era de Guerra) le daba indudablemente cierta autoridad. Ibarra afirmó no saber nada pero, presionado, envió a Esteban, su hermano menor y secretario de don Fadrique (hijo y heredero del duque), a hablar con Curiel. Este elaboró un memorial, cuyo conocimiento por parte de Alba le hizo reaccionar convocando a palacio al oficial. Y al salir de la entrevista, a finales de octubre de 1569, Curiel fue acuchillado y herido gravemente. En la Corte se corrió la especie de que el mismo prior podía estar detrás del intento de asesinato, para vengarse de sus protestas sobre su intervención.

Nunca se supo la verdad, ni Albornoz fue investigado, pero es comprensible que ambos, el Duque y su hijo don Hernando, desearan escapar del enrarecido ambiente de Flandes después de casi tres años de servicio. Para ello estaba en marcha una buena oportunidad. A lo largo de 1569 se negoció

<sup>62</sup> Cuestión que ha sido bien resumida por Maltby, *El Gran Duque*, cit., pp. 182-184, utilizando, entre otros documentos, el memorial enviado a la Corte por el prior en febrero de 1570 para exonerarse de cualquier culpa, AGS. E, leg. 544, n° 112.

la boda de Felipe II con su sobrina, Ana de Austria, hija de su hermana María y el Emperador Maximiliano. Acordados los esponsales, el paso siguiente era organizar su traslado a Castilla. En marzo de 1570, descartada la ruta por Italia, el monarca ordenó desde Córdoba al Duque de Alba que la recibiera en Flandes con la pompa necesaria y dispusiera el viaje por mar<sup>63</sup>. Alba hubiera querido comandar la expedición pero, para su decepción, aunque ya estaba decidido el nombramiento de su sucesor, el Duque de Medinaceli, todavía no había llegado el momento del relevo. El rey se reservaba el nombre de la persona elegida para este menester y demoró varios meses el despacho del nombramiento. Finalmente, el 3 de julio escribió al duque para que le entregara una carta a su hijo, en la que le encomendaba la jefatura de la misión, que no era de pequeña envergadura: 90 naves y 3.000 soldados valones, oficialmente para escoltar a la soberana, pero cuyo destino secreto era la guerra de Granada, todavía viva<sup>64</sup>.

El 25 de septiembre de 1570 el séquito real se hizo a la vela, para desembarcar en Santander pocos días después<sup>65</sup>. Desde allí, el prior, siguiendo órdenes del rey de última hora, se dirigió a Madrid por la posta donde fue, según la opinión siempre interesada de uno de los deudos de la Casa de Alba, “muy bien recibido de su Magestad y toda la Corte, todos le tienen en la figura que su persona merece, y creen que le harán mucha merced”<sup>66</sup>. En esa ciudad se entretuvo lo justo para informar a Felipe II y colaborar en el despacho de la armada en la que había llegado, pues ya no se consideró necesario el servicio de los valones<sup>67</sup>. Luego dedicó unos días a visitar en Alba a la

<sup>63</sup> Felipe II al Duque, Córdoba, 22 de marzo de 1570, AGS. E, leg. 544, n° 143. De hecho fue el prior el encargado de organizar la parada militar con la que se celebró a la reina en Nimega a mediados de agosto (véanse sus cartas a Lope de Acuña en RAH. Ms. A-66, fols. 401 y ss.).

<sup>64</sup> Carta de Felipe II al duque, 3 de julio (AGS. E, leg. 544, n° 164) y al prior un día más tarde (*ibid.*, n° 29; existe una copia de esta misiva, fechada en Córdoba el 3 de abril, que indicaría que la elección se resolvió mucho antes, aunque se detuvo su despacho, *ibid.*, n° 153). Sobre el verdadero propósito de los valones, carta del rey al Duque de Alba de 26 de julio (*ibid.*, n° 22).

<sup>65</sup> Algunos detalles del viaje en las cartas del rey a don Hernando de 6 de septiembre y 7 de octubre de 1570 (AA, caja 9, n° 58 y caja 10, n° 84), y del prior al monarca de 16 y 29 de septiembre de 1570, AGS. E, leg. 334, n° 85; leg. 544, n° 114.

<sup>66</sup> Martín González Gante a Lope de Acuña, Madrid, 6 de noviembre de 1570, describiendo la entrada en Madrid del prior el 21 de octubre, así como sus movimientos inmediatos, RAH. Ms. A-67, fol. 214.

<sup>67</sup> Véase la carta de Felipe II al Duque de Alba, 10 de octubre de 1570 (AGS. E, leg. 544, n° 31) y en *ibid.*, n° 210, los apuntamientos del prior sobre el dinero necesario para despachar la armada.

duquesa, doña María, para regresar rápidamente a Segovia, lugar escogido para la celebración de las bodas reales el 14 de noviembre<sup>68</sup>. Y fue después de los fastos cortesanos cuando nuestro protagonista se encaminó de nuevo a la sede del gobierno, pues ya en la contestación al rey para agradecerle el nombramiento para la armada, se había puesto a su disposición “[...] en cualquiera otra cosa que V. Mag. querrá servirse de mi luego que su Mag. sea desembarcada”<sup>69</sup>.

### 3.3. *Capitán General del principado de Cataluña y condados de Rosellón y Cerdaña (1571-1580)*

#### a) *Circunstancias del nombramiento y condiciones de su ejercicio*

Cuando don Hernando apareció en Madrid a finales de 1570, el cardenal Diego de Espinosa hacía frente a los primeros signos del crepúsculo de su privanza, acosado por la nobleza y desgastado políticamente debido a la guerra de Granada. Uno de los múltiples síntomas de este proceso parece haber sido su falta de información sobre la celeridad del viaje del prior desde Santander<sup>70</sup>. Pero, de todos modos, todavía conservaba una vasta influencia que, unida a la estrecha relación existente hasta el momento entre Espinosa y Alba, llevaron al recién llegado a ponerse en sus manos, para intentar obtener un destino acorde con sus pretensiones<sup>71</sup>. El panorama tardó varios meses en aclararse. Se rumoreó que habría de dirigir una presunta fuerza destinada a Irlanda, en el marco de la espiral de conflictos que presidía las relaciones de Felipe II con Isabel I<sup>72</sup>, pero los ministros del rey también se preocupaban de

<sup>68</sup> Sobre la boda, L. Perez Bueno, *Del casamiento de Felipe II con su sobrina Ana de Austria*, “Hispania”, 7 (1947), pp. 372-416; J. M. Cruz Valdovinos, *La entrada de la reina Ana en Madrid en 1570: estudio documental*, “Anales del Instituto de Estudios Madrileños”, 28 (1990), pp. 413-451. Además, J. Martínez Millán, *La Corte de Felipe II: La Casa de la reina Ana*, in *La Monarquía de Felipe II a debate*, L. Ribot coord., Madrid 2000, pp. 159-184.

<sup>69</sup> Carta del prior al rey de 13 de agosto de 1570. AGS, E, leg. 544, n.º 113.

<sup>70</sup> Espinosa al prior, 27 de octubre de 1570, BL, Add. 28.704, fol. 207v.

<sup>71</sup> Carta del Duque de Alba al prior, 23 de marzo de 1571, EDA, II, p. 548.

<sup>72</sup> Cartas del embajador francés de octubre y diciembre de 1570, Douais (ed.), *Depeches*, cit., vol. II, pp. 379 y 314; según sus informaciones, en ello se emplearía la fuerza de valones que había venido en la flota de la reina. El tema de Irlanda se había suscitado en buena medida por la aparición de Thomas Stuckley y ciertos caballeros irlandeses, aunque sus propuestas hacía tiempo que habían sido rechazadas (véase mi trabajo *Los Consejos*, cit., p. 118). Sobre las relaciones entre Inglaterra y la Monarquía de Felipe II por estos años, J. Retamal Fevereau, *Diplomacia anglo-española durante la contrarreforma*, Santiago de Chile 1981.

la serie de defunciones en el gobierno de Italia (que obligaba a buscar sustitutos<sup>73</sup>) y de la renovación de los cargos ibéricos, entre ellos el de Cataluña.

En el mes de marzo de 1571, unas semanas después de la entrada en Madrid del Duque de Francavilla (virrey de Cataluña desde 1564), era público en los mentideros cortesanos que su sucesor en Barcelona había de ser don Hernando<sup>74</sup>. En realidad, con ello culminaba una maniobra iniciada tiempo atrás, pues su nombre había sonado para este virreinato ya en el verano de 1569. Por aquel entonces, el gobierno del principado se hallaba sumido en una grave crisis, iniciada por un enfrentamiento entre la Generalitat y la Inquisición<sup>75</sup>. En pleno conflicto, en la Corte se especuló con la sustitución del virrey, así que el secretario de Estado Gabriel de Zayas y el vicescanciller del Consejo de Aragón, Bernardo de Bolea, escribieron juntos a Flandes, a fin de averiguar la disposición del prior para aceptar el puesto. Con toda probabilidad, actuaron al menos con la aprobación de Espinosa, si no por orden suya. Pero la respuesta del prior, tras agradecer la buena voluntad de ambos ministros, fue contundente. Debían obviar cualquier tipo de negociación con el monarca, pues sus amplios servicios merecían de sobra la merced real, “y no quiero que con mandarme su Mag. que le sirva piense que me paga los servicios pasados, que a mi parecer le tengo más obligado que a que se sirva de mi en el cargo de Barcelona”<sup>76</sup>. Pero una cosa era expresar su orgullo de forma particular a un secretario – a sabiendas de que debía transmitir al privado su escaso interés en el puesto –, y otra muy diferente manifestar este sentimiento directamente a Felipe II.

<sup>73</sup> Sobre el gobierno de Italia en esta época, nos remitimos al trabajo fundamental de M. Rivero Rodríguez, *Felipe II y el gobierno de Italia*, (y en concreto cap. VI, punto 4, “hacia un nuevo equilibrio”).

<sup>74</sup> Aviso de España del embajador francés, Douais (ed.), *Depeches*, cit., vol. II, pp. 344. Respecto a Francavilla, a finales de enero recibió dos meses de licencia para venir a la Corte, J. Regla Campistol, *Felipe II y Catalunya*, Barcelona 1956. Cabrera De Cordoba, *Historia*, cit., vol. II, p. 59, apunta que el nombramiento ya estaba decidido desde el momento en que fue llamado de Flandes.

<sup>75</sup> Acerca de esta crisis, Regla Campistol, *Felipe II*, cit.; R. García Carcel, *El conflicto de la Inquisición y la Generalitat de Catalunya en 1568*, en *Homenatge al doctor Sebastià García Martínez*, Valencia 1988, pp. 263-275; Id., *Felipe II y Cataluña*, Valladolid 1997, pp. 78 ss; J. Bada, *Situació religiosa de Barcelona en el s. XVI*, Barcelona 1970, pp. 241 ss.

<sup>76</sup> Carta hológrafa del prior a Gabriel de Zayas, Amberes, 6 de septiembre de 1569, AGS. E, leg. 541, n° 119. El 12 del mismo mes, Alba escribía a Zayas que “no me pasa por pensamiento anteponer al prior para lo de Cataluña, ni él tampoco se que gustará dello”, *ibid.*, n° 92.



Claro que la aceptación final de don Hernando apenas había variado la idea que los Toledo tenían del puesto, a tenor de los comentarios del duque, que hubiera querido para él “cargo, que fuera de más autoridad y menos trabajo y que, el que se tuviera en él, fuera en cosas que lucieran, y no de andar tras forajidos, y si guardan los fueros o no guardan los fueros”<sup>77</sup>. Ciertamente, el virreinato de Cataluña<sup>78</sup> (al que se asociaba de hecho la capitanía general), si bien era considerado el de mayor rango dentro de sus homólogos ibéricos, no alcanzaba el prestigio de los mandos italianos, que en 1571 estaban así mismo en proceso de renovación, y es comprensible que Alba hubiera querido para su vástago uno de ellos. De hecho, el diplomático galo aseguraba en el mes de septiembre que el prior estaba a punto de abandonar la ciudad condal para ocupar la gobernación de Milán, aunque poco después hubo de rectificar cuando fue don Luis de Requesens el elegido<sup>79</sup>. Así que don Hernando tuvo que limitarse a transmitir desde Barcelona la “gran grita [que había en la Corte] sobre las provisiones de los cargos de Italia”<sup>80</sup>. En términos generales, pues, su estancia en Cataluña, dentro de su norma de conducta de servir al rey con la máxima eficacia, estuvo marcada por su ferviente deseo de no prolongarla más de lo estrictamente necesario. Pero se convirtió en el lugarteniente que más tiempo ocupó el cargo de todo el reinado de Felipe II, nueve largos años divididos formalmente en cuatro mandatos<sup>81</sup>.

En ello tuvo mucho que ver la convulsa situación cortesana de la década de los setenta. Don Hernando intentó conseguir de Espinosa cobertura para su mandato y satisfacción a sus aspiraciones personales pero, ya antes de la muerte del cardenal, se había desengañado, y poco sintió el fallecimiento del otrora poderoso ministro, como tampoco lamentó las muertes sucesivas de

<sup>77</sup> Aunque a continuación le daba serios consejos para esmerarse en su labor y cumplir adecuadamente con Dios y con el rey, carta a don Hernando de 8 de mayo de 1571; EDA, II, pp. 592-593.

<sup>78</sup> La referencia inexcusable en esta materia sigue siendo el profundo estudio de J. Lalinde Abadía, *La institución virreinal en Cataluña (1471-1716)*, Barcelona 1964, pero se debe consultar también una síntesis anterior, J. Regla, *Els virreis de Catalunya*, Barcelona 1956. Sobre la capitanía general, la obra de V. Ferro, *El dret públic català. Les institucions a Catalunya fins al decret de Nova Planta*, Vic 1987, pp. 66 ss.

<sup>79</sup> Cartas del embajador francés de 7 de septiembre y 8 de octubre, Douais (ed.), *Depeches*, cit., vol. II, pp. 378 y 385.

<sup>80</sup> Carta a Guzmán de Silva, embajador en Venecia, el 14 de septiembre de 1571, AGS. E. leg. 1502, n° 23.

<sup>81</sup> Recibió títulos el 12 de abril de 1571 (trienal), 18 de mayo de 1574 (indefinido), 15 de mayo de 1576 (trienal) y 20 de julio de 1578 (indefinido); las referencias oportunas en Lalinde Abadía, *La Institución*, cit., tabla de nombramientos de virreyes.



Ruy Gómez de Silva y el doctor Velasco. Durante los tres años siguientes, el vacío que dejaron estos patronos fue ocupado, en Estado, Guerra y Aragón, por el II Conde de Chinchón y el prior Antonio de Toledo, lastrado éste último por el regreso del Duque de Alba a la Corte en la primavera de 1574, desde un Flandes en plena rebelión, acompañado de la desgracia real. Carente de un adecuado manto cortesano (no es casualidad que en mayo de 1572 el rey pidiera a García de Velasco, quien había servido como secretario en los negocios del principado, lo que “sería bien advertir para mejorar el gobierno de Catalunya”<sup>82</sup>), el prior se dirigió entonces a los elementos que pugnaban por sobresalir en la Corte. Determinados secretarios, en especial Mateo Vázquez y Antonio Pérez, supieron aprovechar el legado dejado por Espinosa referente a los conflictos que la aplicación del confesionalismo generó con el papado, y la explosión del sistema de juntas para el gobierno de la Monarquía<sup>83</sup>.

Consta que, en un principio por razones obvias de proximidad de intereses y a pesar de la reciente historia política de su familia, don Hernando tanteó las posibilidades que le ofrecía la relación con Antonio Pérez, siempre a propósito de los cargos italianos<sup>84</sup>, e incluso intentó llegar a don Juan de Austria a través del secretario. En este sentido, es preciso apuntar que don Hernando mantuvo unos vínculos razonablemente buenos con el hermano del rey, a pesar de un incidente sobre cierto dinero transportado por las galeras de Gil de Andrade, sobre el que los dos jefes militares pretendían tener jurisdicción<sup>85</sup>. Con él coincidió en Barcelona en 1571 (donde don Juan se embarcó para encabezar la flota de la Santa Liga, cuyos capítulos revisó en la

<sup>82</sup> García de Velasco al rey, 1 de mayo de 1572, AGS. GM, leg. 75, n° 158.

<sup>83</sup> Sobre estos secretarios, G. Marañón, *Antonio Pérez (el hombre, el drama, la época)*, Buenos Aires, 1947; A.W. Lovett, *Philip II and Mateo Vázquez de Leca: the government of Spain, 1572-1592*, Geneve, 1977. Para el contexto generado tras la muerte de Espinosa, especialmente en Estado y Guerra, véase nuestro trabajo, *Los Consejos*, cit., punto 4.

<sup>84</sup> Al menos así se deduce del tono de la carta que le envió al secretario, el 22 de julio de 1574: “Los que no estamos en la Corte siempre nos llegan las nuevas quebradas y estamos obligados a creerlas, y asy por el miedo de que esta no lo sea he querido suplicar a v.m. por lo que me debo a lo que yo le deseo servir de que si entendiere que algunos del Consejo me ayan propuesto para Milan, me haga v.m. merced de estar advertido de que yo no lo tomaré”, AGS. E, leg. 335, n° 23; véase otro ejemplo en *infra* nota 86.

<sup>85</sup> El asunto tuvo lugar en julio de 1574, y fue tratado en la Corte en Consejos de Estado y Guerra (AGS. E, leg. 335, nums. 15 y 16; IVDJ. Envío 13, caja 25, n° 316), además de generar un abundante cruce de cartas entre ambos generales, y entre éstos y el rey, AGS. GM, leg. 78, nums. 26 a 29; parte de la correspondencia sobre este negocio conservada en AA, fue publicada por Duquesa de Berwick y de Alba, *Documentos escogidos del archivo de la Casa de Alba*, Madrid, 1891, pp. 359 y ss.

ciudad condal<sup>86</sup>) y nuevamente en la costa catalana en 1575<sup>87</sup>, en un breve regreso a la corte del bastardo real; es significativo el hecho de que, en ambas ocasiones, el prior intentara con denuedo servir bajo el estandarte del vencedor de Lepanto, forma muy digna de dejar el cargo de Cataluña, que al cabo no llegaría a materializarse<sup>88</sup>.

De modo que don Hernando no encontró en el “partido papista” la satisfacción que esperaba, y desde una prolongada visita a la Corte en los primeros meses de 1576 se aficionó a la amistad de Mateo Vázquez<sup>89</sup>. Eligió bien el momento, porque a partir de entonces Vázquez y Antonio Pérez, consolidadas sus redes respectivas (“castellanista” y “papista”), entraron en un agudo conflicto que solo se resolvería con el arresto del segundo. Desde la distancia, don Hernando intervino en la pugna en momentos muy determinados, como fue la sucesión en la secretaría del Consejo de Italia, jugoso puesto apetecido por Pérez y vacante por muerte de Diego de Vargas los últimos

<sup>86</sup> Estos capítulos, con las anotaciones de don Juan, se conservan en AGS. E, leg. 334, n° 181; sobre estos acontecimientos, véase M. Rivero Rodríguez, *La Liga Santa y la Paz de Italia*, en J. Martínez Millán – P. Fernández Albaladejo – V. Pinto Crespo (eds.), *Política, religión e Inquisición en la España Moderna. Homenaje a Joaquín Pérez Villanueva*, Madrid 1996, pp. 587-620.

<sup>87</sup> Carta al rey, desde Perpiñán, el 30 de mayo de 1575 (AGS. E, leg. 1406, n° 31), donde informaba del encuentro que había tenido con don Juan, que venía en una armada desde Mallorca, siguiendo viaje juntos hasta Cadaqués.

<sup>88</sup> Sobre el intento de 1572, la carta a Espinosa de 13 de enero, AA, caja 135, n° 158; semanas después el propio don Juan mostraría su pesar por no contar a su lado con el prior, AA, caja 151, n° 62; pub. por Berwick y de Alba, *Documentos escogidos*, cit., pp. 328-330. Acerca de la tentativa de 1575, el 13 de febrero, hallándose don Juan en la Corte, escribía don Hernando a Antonio Pérez: “si con mis cartas pensase que servía a v.m. con ellas lo aría más veces [con nueva petición de información sobre los cargos de Italia], tambien scribo al sr. Don Juan sobre este particular, mas temo que no me responda con la brevedad que yo he menester y que a de tener asta su partida esperanzas de sacarme de aquí, como me lo a dicho y escrito”. AGS. E, leg. 335, n° 79; en su respuesta, *ibíd.*, n° 80. Pérez afirmaba que resultaba imposible adivinar las intenciones del rey, y que don Juan no podía escribir de momento al prior.

<sup>89</sup> Como le escribía el secretario al rey, el 30 de marzo, “Mucho me desea ver el prior don Hernando, y yo he tratado que un día de estos nos podríamos yr solos por los campos, como a tomar el aire; vea V. Mag. si será bien assí, y si procuraré la plática de Sicilia”, BL. Add. 28.263, fols. 26 y 27; C. Riba García, *Correspondencia privada de Felipe II con su secretario Mateo Vázquez*, Madrid 1959, p. 35. Es muy significativo que, a los pocos días de su regreso a Barcelona, el prior escribiera al secretario informándole de la repentina muerte del inquisidor Juan Becerra, por la que vacaba la abadía de Almayson (6.600 ducados de renta), con objeto de que pudiera solicitarla al rey antes que nadie, AZ. Carpeta 146, n° 182. En realidad, ya a lo largo de 1575 se perciben los intentos de don Hernando por estrechar su contacto epistolar con Mateo Vázquez, *ibíd.*, nums. 166 a 168, 173.

días de 1576; el prior escribió el 6 de enero de 1577 a Mateo Vázquez en recomendación de Gerónimo Gassol, que servía de secretario para los negocios de Cataluña en el Consejo de Aragón, y que estaba tan próximo a Vázquez que acabaría convirtiéndose en su cuñado<sup>90</sup>. El retrato de la situación política del prior se completa con la buena correspondencia que mantuvo, desde Barcelona, con los ministros que gobernaban con gran autonomía los estados italianos, en especial el cardenal Granvela (virrey de Nápoles hasta 1575, y luego destinado a Roma), y Juan de Zúñiga, embajador ante el Pontífice<sup>91</sup>, ambos muy lejanos del “partido papista”. Más adelante, en suma, tendremos oportunidad de examinar el escaso éxito de sus esfuerzos por cubrirse políticamente en la corte durante su estancia en el principado, pero adelantamos ya que, significativamente, don Hernando solo salió de Cataluña cuando fue notorio el triunfo del “partido castellanista”, a finales de 1579.

Retomando, pues, el hilo cronológico, el 12 de abril de 1571 Felipe II firmó en El Escorial los títulos que acreditaban a don Hernando de Toledo como lugarteniente general y capitán general de Cataluña y Condados de Rosellón y Cerdeña en sustitución del Duque de Francavilla (en principio con carácter trienal), acompañados de un lote de instrucciones para ejercer tan altas responsabilidades<sup>92</sup>. El 23 de mayo se encontraba ya en Lérida y juraba su cargo en la Seo aunque, como era costumbre, volvió a repetir la ceremonia en Barcelona el lunes 28, al día siguiente de su entrada en la ciudad condal<sup>93</sup>. Dado el objetivo de nuestro trabajo, abordaremos únicamente aspectos muy concretos de su labor como capitán general.

En este sentido, la organización militar de Catalunya en la época moderna no ha recibido demasiada atención, quizá por la ausencia de una estructura

<sup>90</sup> AZ. Carpeta 146, n° 184; sobre el conflicto de la secretaría de Italia, Rivero Rodríguez, *Felipe II*, cit., cap VI; acerca de este secretario, E. Serra y Puig, *Els Gassols. De cavallers de Tremp a protonotaris del Consell d'Aragó*, “Pedralbes”, 1 (1987), pp. 43-77. La boda entre Gassol y María Vázquez se celebró el 15 de mayo de 1581, en la que se halló el vicecanciller Bolea, quien desde Madrid agradeció a Mateo Vázquez (en Portugal por aquel entonces), la invitación al acontecimiento, IVDJ. Envío 10, caja 17, n° 76.

<sup>91</sup> Parte de la correspondencia entre don Hernando y don Juan de Zúñiga, en AZ. Carpetas 82 y 213. Sobre el gobierno de Italia por estos años, Rivero Rodríguez, *Felipe II*, cit., cap. V.

<sup>92</sup> El título de Lugarteniente General en AA, caja 156, n° 9; la patente de capitán general en Ibíd, n° 7, y las instrucciones para ambos puestos en Ibíd, caja 53, n° 88.

<sup>93</sup> Estos movimientos son relatados en carta del prior al rey de 2 de junio, AZ. Carpeta 175, n° 152. El juramento se realizaba en la primera ciudad importante que el nuevo virrey encontraba en su camino, a fin de ejercer cuanto antes su jurisdicción, y se repetía en Barcelona debido a la ya tradicional reclamación de la ciudad, Lalinde, *La institución*, cit., p. 211.

propia, más allá de las milicias urbanas<sup>94</sup>. Como capitán general, don Hernando se ocupaba primordialmente de las tropas reales allí acantonadas para la defensa del territorio. Ello abarcaba todos los aspectos de su administración, para lo que disponía de una red de oficiales – que fueron sometidos a visita desde 1573 por el contador Francisco de Salablanca – así como la jurisdicción sobre los delitos cometidos por los militares. El tribunal de la Capitanía General se convertía así, con mayor o menor fortuna, en un recurso al que acudir para sortear las limitaciones impuestas por la legislación del principado. Sin embargo, dejamos materias tan interesantes para otros trabajos<sup>95</sup>, pues en éste nos hemos de ceñir a un breve repaso de su tarea en los dos frentes principales que hubo de atender, la frontera francesa y la defensa de la costa.

#### b) La frontera de Perpiñán

Este concepto, acuñado en la Corte, abarcaba los diferentes aspectos de la organización militar del territorio en la zona norte del principado y los condados, que era fuente de continuos problemas<sup>96</sup>. La presencia de los herejes, las correrías de los bandidos, el contrabando, todo ello se veía acentuado por la convulsa situación política gala. En efecto, la relación de Felipe II con Francia durante la década de los setenta siguió presidida por la desconfianza, fruto de los equívocos movimientos que, a juicio del Rey Prudente, realizaban Catalina de Medicis y los monarcas galos para manejar la situación religiosa de su reino y la relación con los hugonotes<sup>97</sup>.

<sup>94</sup> Como ponen de manifiesto A. Simon Tarres – A. Espino Lopez, *Les institucions i formes d'organització militar catalanes abans de la guerra dels segadors*, "Pedralbes", 13 (1993) vol. I, pp. 143-150; y, más recientemente, A. Espino Lopez, *¿Existió un ejército catalán en la época moderna?*, "Manuscrits", 15 (1997), pp. 115-126.

<sup>95</sup> Véase nuestro estudio *El gobierno de Cataluña en tiempos de Felipe II: algunos aspectos del primer virreinato del prior don Hernando de Toledo (1571-1574)*, ponencia presentada al Congreso Internacional sobre Felipe II (1598-1998): *La Europa dividida*, Madrid, abril de 1998.

<sup>96</sup> Sobre este aspecto, el sugerente planteamiento de P. de la Fuente De Pablo, *Notes preliminars per a l'estudi de la capitania de fronteres de Perpinyà. Anàlisi de diferents aspectes organitzatius (ss. XVI-XVII)*, "Pedralbes", 13 (1993) vol. I, pp. 137-141. Además, sobre la frontera pirenaica, una detallada y útil descripción, de sus múltiples facetas, en J.M. Cordero Torres, *Fronteras hispánicas. Geografía e historia, diplomacia y administración*, Madrid 1960, pp. 183-275.

<sup>97</sup> Para las relaciones entre el Francia y la Monarquía Católica durante estos años, disponemos de varias obras que alcanzan hasta la muerte de Carlos IX en 1574. P. Champion, *Charles IX, la France et le controle de l'Espagne*, Paris 1939; J. de la Croze, *Les Guises les Valois et Philippe II*, Paris 1866. Pero, especialmente, N.M. Sutherland, *The*

Como ya vimos, durante la década anterior Don Hernando había tenido ocasión de conocer de cerca los humores franceses, y a lo largo de sus años en Cataluña fueron constantes sus advertencias sobre la amenaza que se cernía sobre la frontera<sup>98</sup>. Momentos críticos fueron la matanza de San Bartolomé, en agosto de 1572 (poco antes Felipe II ordenó un apercebimiento general de sus fuerzas en los distintos reinos de la península con gran “priesa, pues en Francia no deven de dormir”<sup>99</sup>); la muerte de Carlos IX (30 de mayo de 1574) que fue sucedido por su hermano, Enrique III, hecho que, según don Hernando, habría de renovar las disensiones internas en aquel reino<sup>100</sup>. Además, la situación interna gala era tenida por don Hernando como inevitable consecuencia de la debilidad mostrada por la Corona, y le servía para argumentar su deseo de que Felipe II no siguiera el mismo camino con sus rebeldes de Flandes, que habían iniciado su segundo levantamiento en abril de 1572.

En efecto, consultado al poco del inicio de la nueva crisis en aquellas tierras, y recordando sin duda las circunstancias en las que su padre (y él mismo) habían acudido a Flandes, don Hernando recomendó como única solución posible el rearme y la presencia del rey, “y no yendo v. Mag. podría ser que gozasen de la ocasión, como no dudo sino que al cabo lo an de venir a hacer, y poner a V. Mag. en una perpetua inquietud y desasosiego”<sup>101</sup>. Y, por supuesto, tenía muy clara la escala de prioridades que debía tener presente la Monarquía a la hora de afrontar los problemas: espoleado por la peligrosa situación de su progenitor, representó al rey “la obligación que tiene de acudir antes a sus cosas [Flandes] que a las de la Liga [la Santa Liga, en el Mediterráneo]”<sup>102</sup>. Ante la negociación explorada por Requesens, don

*Massacre of St. Bartolomew and the European Conflict, 1559-1572*, Edinburgh 1973. Sobre las guerras de religión en Francia, que se alargaron durante la segunda mitad del siglo, véanse como estudios generales M.P. Holt, *The French Wars of Religion*, Cambridge 1995; De Lamar Jensen, *French Diplomacy and the Wars of Religion*, “Sixteenth-century Journal”, V, 2 (october 1974), pp. 23-46.

<sup>98</sup> Como se puede comprobar en un breve repaso a toda la correspondencia citada en este trabajo.

<sup>99</sup> Sobre este aspecto, véanse las minutas de cartas del rey a don Hernando de mayo de 1572, AGS. GM, leg. 77, nums. 31, 32, 47; además, la relación de Delgado al rey, con las prevenciones a realizar en Andalucía y los movimientos de la armada francesa, con amplia respuesta de Felipe II, *ibid.*, leg. 78, n° 223.

<sup>100</sup> AGS. E. leg. 335, n° 28 bis.

<sup>101</sup> Carta al rey de 29 de agosto de 1572, AGS. E. leg. 334, n° 154.

<sup>102</sup> Carta al Duque de Alba, 22 de julio de 1572, AA. caja 52, n° 249. Sobre las prioridades de Felipe II, G. Parker, *La elaboración de la gran estrategia en la Corte de Felipe II*, comunicación fotocopiada presentada al I Seminario de Historia Moderna, *La Monarquía y*

Hernando manifestó también su convencimiento de que los rebeldes solo entendían el lenguaje de las armas<sup>103</sup>, al igual que lo hizo con el nombramiento de don Juan, a pesar de que dudaba de sus capacidades en tierra, por ser fundamentalmente soldado de la mar<sup>104</sup>. Esta dureza en sus planteamientos puede percibirse también en el análisis que realizaba del conflicto de Génova, de cuyos acontecimientos fue dando cumplida cuenta a la Corte<sup>105</sup>.

Con este panorama en la escena de la Cristiandad, el prior era perfectamente consciente de la necesidad de tener preparadas las defensas de la frontera para cualquier eventualidad. El sistema se componía de una red de fortalezas, pertenecientes tanto al rey como a la nobleza<sup>106</sup>. Aunque don Hernando se preocupó al menos de las plazas más significadas (como fue el caso de Salses<sup>107</sup> o Roses<sup>108</sup>) la principal era sin duda Perpiñán (sus habitantes llegaron a calificarla “la clau de tota Spanya<sup>109</sup>”); pero, como tuvo ocasión de comprobar en su primera visita a la villa en agosto de 1571, el estado de conservación de su castillo mayor era deplorable y su guarnición casi inexistente<sup>110</sup>. Acuciado por las alarmantes noticias que llegaban sobre la actividad de los franceses, don Hernando se aplicó desde el primer momento a su reparación y puesta en defensa. Era menester mucho dinero, y para conseguirlo

*los Virreynatos*, dir. J.H. Elliott, Santander: UIMP, julio 1991, pp.9 y 23-24, donde apunta la prioridad que, en último extremo, tuvo siempre Italia sobre Flandes.

<sup>103</sup> En julio de 1575 opinaba en carta a Guzmán de Silva: “siempre he temido que la platica de los conciertos sea de ningún efecto, pues las cosas que aquellos rebeldes piden, sin las quales no vendrían a concertarse, son de tan ruyn digestión que tengo por muy cierto le estaría mejor a su mag. yr perdiendo sus estados que concederselas, porque si lo hiciese creo los perdería con mucha más brevedad y derreputación. El exemplo desto lo tenemos en Francia bien claro”, AGS. E, leg. 1514, n° 116.

<sup>104</sup> Carta a Mateo Vázquez de primero de noviembre de 1577, BL. Add. 28.359, fol. 352.

<sup>105</sup> Cartas a Antonio Pérez (23 de julio de 1575) y al rey (2 de noviembre de 1575), en AGS. E, leg. 1406, nums. 60 y 111; noticias del conflicto en AGS. E, leg. 335, n° 121 (21 de marzo de 1575), AZ. Carpeta 146, n° 169 (mayo 1575), etc.

<sup>106</sup> Se hallará una detallada relación de las mismas, con los hombres y material que les correspondían, en el memorial que García de Velasco elevó al monarca en mayo de 1572, poniendo de manifiesto sus graves carencias, AGS. GM, leg. 75, n° 158.

<sup>107</sup> Así, en diciembre de 1574 la Junta de Fortificaciones estudiaba en la Corte las trazas de Salses, sobre informaciones del prior, AGS. GM, leg. 78, n° 102.

<sup>108</sup> Conferida en noviembre de 1573 al Duque de Segorve, carta al prior de 12 de noviembre de 1573, copia en AHN. CS, lib. 2294, fols. 115r-116r.

<sup>109</sup> Carta de los consellers de Perpiñán al rey, de 28 de abril de 1574, IVDJ. Envío 10, caja 18, n° 292.

<sup>110</sup> Carta al rey de 31 de agosto: “Hallé el lugar tan abierto que a pie llano se podía entrar y salir del”, AZ. Carpeta 175, n° 161.

acudió a una doble vía durante los años siguientes. Por un lado, fueron constantes sus peticiones de fondos a la Corte, defendidas ante el rey y los Consejos de Guerra y Hacienda por el secretario de la Guerra, Juan Delgado, muy cercano a la casa de Alba; en octubre de 1574 el secretario afirmaba que era tal la falta de liquidez en la frontera – para sueldos y fortificaciones – que, para despachar un correo, se había tenido que vender un cargamento de madera. Sin embargo, las apremiantes necesidades en otros escenarios más complicados (Flandes y el Mediterráneo) dilataron en gran medida los pagos, que llegaban muy de tarde en tarde<sup>111</sup>.

Contaba además con la obligación que tenían los núcleos del Rosellón, en especial Perpiñán, de asistir a las obras de la fortaleza con un determinado número de jornales al año. Sin embargo, al poco de su reactivación la ciudad se quejó fuertemente a la audiencia, argumentando que la contribución había arruinado la villa, cuando era un deber que correspondía, al menos, a todos los habitantes de la región fronteriza, si no del conjunto del principado<sup>112</sup>. Sus protestas fueron estudiadas por el tribunal, que aceptó su justicia y, en consecuencia, se dispuso a redactar una pragmática que permitiese redistribuir las cargas de forma adecuada, según los *fuegos* disponibles<sup>113</sup>. Hacia mayo de 1573, el prior informaba a Felipe II de que el borrador estaba bloqueado, por diferencias de opinión<sup>114</sup>, aunque el rey la firmó el 18 de octubre, y a comienzos de 1574 don Hernando se dispuso a ponerla en práctica; sin embargo, los consellers de la villa se quejaron reiteradamente de que no se cumplía como era debido<sup>115</sup>, en tanto que, por el contrario, ciudades como Lérida y Vich acudieron a la generalitat – que formó una comisión de seis juristas para ana-

<sup>111</sup> Menciones de Juan Delgado al rey en AGS. GM, leg. 75. n° 151; leg. 77, nums. 179 (con un balance de lo gastado hasta entonces, en 1573), 184, 194; leg. 78. nums. 80, 81, 85 (donde encontramos la argumentación de Delgado citada en el texto, así como la réplica del rey sobre las urgentes necesidades en otros escenarios), 172 y 197; leg. 80, nums. 121, 133, 175, etc.

<sup>112</sup> Carta del prior al rey, 11 de mayo de 1572, AZ. Carpeta 146, n° 142.

<sup>113</sup> Así, en AA, caja 160, n° 33 se halla un documento, fechado el 30 de marzo de 1573, y titulado “relación de los jornales que son obligados a hacer todas las villas y lugares del Condado de Rosellón para la nueva fortificación del castillo mayor de Perpiñán”, que comenzaba “cabe a cada fuego por año XVI jornales [...]”; es posible que el fogatge que se realizaba en 1576 tuviera que ver con estas medidas, J. Gil Pujol, “*Atajar pesadumbres*”: *propostes governamentals per unes corts generals de la Corona d’Arago en 1578, no celebrades*, “Pedralbes”, 13 (1993), vol. I, pp. 217-228.

<sup>114</sup> Cartas de don Hernando al rey de 20 de mayo y 17 de junio de 1573, IVDJ. Envío 13, caja 25, nums. 478 y 482.

<sup>115</sup> Delgado al rey, junio de 1574, AGS. GM, leg. 78, n° 142. Las quejas de los consellers, en cartas al rey de 28 de abril, IVDJ. Envío 10, caja 18, nums. 292 y 313.



lizar el conflicto – disconformes con la parte que les había tocado en el reparto<sup>116</sup>. Don Hernando propuso entonces, y aceptó el rey, convertir en un censo a tres años el importe en dinero<sup>117</sup>. En todo caso, aunque el prior afirmara tener el castillo preparado para resistir coyunturas concretas, durante su mandato la obra no llegó a completarse<sup>118</sup>.

Las fortalezas estaban ocupadas por compañías de soldados a sueldo del rey que, en condiciones normales, debían sumar poco más de 800 hombres<sup>119</sup>. Casi nunca fueron tales, a pesar de los constantes refuerzos pedidos por el prior y concedidos por el monarca. Respecto a su procedencia, en la Corte se preferían castellanos antes que catalanes, pues se pensaba que, de todos modos, en caso de necesidad siempre se podía echar mano de los segundos, sin necesidad de gastarse el dinero en mantenerlos<sup>120</sup>. Por otro lado, el prior no llegó nunca a fiar mucho de los catalanes “porque ay tanta mezcla de franceses y gascones que hablan la lengua de la misma manera que los naturales, que sería temeridad tener dellos diferente satisfacción, y de los que sirven tengo el mismo temor, porque siendo mal pagados y estando tan cerca de sus casas, con qualquier flaco movimiento creo que bolberían las espaldas a la ocasión del trabajo”<sup>121</sup>. Esta última consideración, la cercanía a la propia tierra, no difiere mucho del comportamiento tenido por común entre los soldados de la Edad Moderna<sup>122</sup>, máxime cuando era cierto que, literalmente, se morían de hambre por la falta de pagas<sup>123</sup>. La primera solución a este problema, insistentemente solicitada por el prior, fue la consignación de los sueldos con el fin de asegurar su libramiento. Esto se logró con mucho trabajo hacia 1572, aunque, a la postre, urgentes necesidades impidieron su cumplimiento<sup>124</sup>. En esta tesitura, descartadas las consignaciones se planteó la cuestión

<sup>116</sup> *Dietaris de la Generalitat de Catalunya, 1411-1714*, dir. J.M. Sans I Trave, Barcelona 1994, vol. II, pp. 431 y ss. (abril y mayo de 1574).

<sup>117</sup> Carta de Felipe II a don Hernando, 15 de junio de 1574, copia en AHN. CS, lib. 2294, fols. 143r-145r.

<sup>118</sup> Como sucedió en noviembre de 1573, AA. caja 9, n° 157.

<sup>119</sup> Véase *supra* nota 105.

<sup>120</sup> Cartas de Felipe II a Hernando de Toledo, de 25 de mayo y 18 de junio de 1571, comentando las sugerencias que en este sentido había enviado a la Corte Antonio Enrique, pagador de Barcelona, AA. caja 9, nums. 61 y 65.

<sup>121</sup> Carta al rey de 11 de junio de 1579, AGS. GM. leg. 90, n° 69.

<sup>122</sup> Parker, *El camino español*, cit., p. 66.

<sup>123</sup> En 1574 el prior afirmaba que en Salses, un hombre había muerto de inanición, I. A.A. Thompson, *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*, Barcelona 1981, p. 95.

<sup>124</sup> Delgado al rey, mediado 1573, AGS. GM. leg. 78, n° 220; sobre las consignaciones de fronteras, Thompson, *Guerra y decadencia*, cit., pp. 105-106.



del aumento de salario, para que los soldados castellanos pudieran siquiera mantenerse, aunque no cobraran a su debido tiempo<sup>125</sup>. Se trataba de igualar los sueldos con los de Italia y, tras varios estudios del Consejo de Hacienda y para mayor contentamiento del prior, la medida se aprobó en mayo de 1573<sup>126</sup>. Sin embargo, no todos los tipos de soldados de infantería cobraban lo mismo (piqueros, arcabuceros y coseletes), y el crecimiento se aprovechó para llevar a cabo una reestructuración de las fuerzas de la frontera<sup>127</sup>. Claro que, a decir del prior (“el castillo de Perpiñán esta lleno de ladrones y desorejados, y en caso de necesidad no me osaría asegurar dellos”<sup>128</sup>) a la postre las reformas resultaron bastante inútiles.

Todas estas disposiciones, en tropas y fortificaciones, estaban orientadas a la defensa de posibles ataques provenientes del vecino reino, pero el carácter de don Hernando era, sin duda, belicoso. Recién llegado a la frontera, cuando el momento era más tenso (junio de 1572) llegó incluso a proponer a la Corte un plan de ataque para entrar en Francia y asediar Narbona, que fue cortesmente rechazado<sup>129</sup>. En realidad, la confusa situación político/religiosa gala propició más la colaboración que la confrontación. Así, en junio de 1574, tras la muerte de Carlos IX, el gobernador de aquella ciudad solicitó al prior una pequeña fuerza de caballería e infantería para su seguridad personal, dada la escasa confianza que le merecía su propia escolta; efectuada consulta a la Corte, los Consejos de Estado y Guerra recomendaron la ayuda, que fue aprobada por el rey (con la apostilla “yo creo que sería bueno que fuesen algunos catalanes, pues los avrá buenos”)<sup>130</sup>. El año siguiente hubo una nueva ocasión para intervenir, esta vez a instancias del obispo de Narbona, y fue probablemente la única operación militar de cierta envergadura organizada por el prior durante sus años en Cataluña. Una partida de herejes invadió el castillo de Ensina, situado a una legua de la raya del Rosellón, y el prelado demandó auxilio al virrey de Cataluña para expulsarlos. Tras el aviso pertinente a la Corte (Antonio Pérez reunió al Consejo de Estado con carácter de urgencia) se decidió el asalto, tomando don Hernando la promesa de que el castillo quedaría derruido. La fortaleza fue acometida el

<sup>125</sup> AGS. GM, leg. 78, n° 220.

<sup>126</sup> Resumen de carta del prior, de 1 de junio, AGS. GM, leg. 77, n° 106.

<sup>127</sup> Una completa y detallada descripción en la carta de Felipe II al prior, de 28 de mayo, AA, caja 9, n° 126.

<sup>128</sup> Don Hernando al rey, 11 de junio de 1579, AGS. GM, leg. 90, n° 69.

<sup>129</sup> Minuta de carta del rey a don Hernando, 26 de junio, AGS. GM, leg. 77, n° 63.

<sup>130</sup> Relaciones de Juan Delgado al rey, con contestación holografa, AGS. GM, leg. 78, nums. 164 y 207.

6 de junio, y al segundo embate ocupada y degollados sus defensores<sup>131</sup>. Este éxito animó a los católicos de la zona a atacar otros núcleos protestantes<sup>132</sup>.

La novedad más importante del último período de la estancia del prior en Cataluña, desde el punto de vista de las fuerzas terrestres, fue su propuesta para la creación de una milicia de caballería en la Corona de Aragón. Este fue un tema que trató don Hernando en su visita a la Corte de 1576, y en octubre de 1578 escribía al rey informando con detalle de las gestiones realizadas, tanto en Barcelona como en Zaragoza<sup>133</sup>. En su opinión, la milicia solo reportaría ventajas a la Corona. Además de crear nuevos lazos con la nobleza local, que ostentaría los mandos, supondría una amenaza permanente para los franceses, cuyas fuerzas se distraerían así de Flandes. Y su costo no sería problema, pues se pagaría con poco más de lo que comportaba el servicio ordinario de las Cortes. Precisamente se esperaba que el proyecto fuera discutido y aprobado en las Cortes Generales de la Corona de Aragón cuya preparación estaba en marcha, pero su celebración se vio finalmente frustrada debido a la derrota portuguesa en Alcazarquivir<sup>134</sup>. El negocio quedó en suspenso aunque, como veremos, don Hernando tuvo ocasión de replantearlo en 1585.

### c) *La defensa de la costa y las galeras*

La costa catalana estaba bajo la amenaza constante de la piratería berberisca y los movimientos de la flota turca, y para su defensa existía una red de torres<sup>135</sup>. Este sistema estaba en continua revisión; así, en abril de 1577 el rey

<sup>131</sup> La relación de Antonio Pérez en que da cuenta de la reunión del Consejo de Estado, en AGS. E, leg. 335, nº 306; noticias de las negociaciones y relato detallado de los acontecimientos en las cartas del prior localizadas en *Ibíd.* num. 84 a 92, 307, 308, 326, 345, 348 y 349.

<sup>132</sup> Carta de Toledo a Guzmán de Silva, 8 de julio de 1575, AGS. E, leg. 1514, nº 114.

<sup>133</sup> Carta al rey de 13 de octubre de 1578, IVDJ. Envío 10, caja 17, nº 184; en *ibíd.*, nº 141, se halla su misiva a Mateo Vázquez de la misma fecha, informando de la despachada al rey, y adjuntando copia de una información que sobre el mismo tema había enviado ya en 1576.

<sup>134</sup> Sobre esta tentativa de celebrar Cortes, véase Gil Pujol, "*Atajar pesadumbres*", cit.

<sup>135</sup> Sobre este tema disponemos de diversos trabajos: en P. Catala i Roca, *De cara a la Mediterrania: las torres del litoral catalá*, Barcelona 1987 se hallará un amplio recorrido por las incursiones (p. 74 para la presencia de piratas turcos en el delta del Ebro en agosto de 1571); por otra parte, la presentación metodológica de O. Martín – E. Gallart, *Els sistemes defensius de la costa catalana contra la piratería y el corsarisme (XVI-XVII)*, "Manuscripts", 7 (1988), pp. 225-240; y desde un punto de vista más amplio, en términos geográficos, A. Camara Muñoz, *Las torres del litoral en el reinado de Felipe II: una arqui-*

preguntaba al prior sobre la posibilidad de edificar una torre en la desembocadura de un río (para impedir que el enemigo hiciera aguadas en aquella costa), al tiempo que se concedía permiso a Mataró para levantar una muralla a fin de protegerse contra las incursiones<sup>136</sup>. Pero, sin duda, el proyecto de mayor envergadura acometido durante el virreinato de don Hernando fueron las torres de los Alfaques, en Tortosa, que el prior retomó sobre un antiguo plan a las pocas semanas de llegar a Cataluña<sup>137</sup>.

Las obras languidecieron durante los primeros años, hasta que en abril de 1576, camino de la Corte, don Hernando pasó por el lugar para revisar su estado<sup>138</sup>. Con esta información, llegado a Madrid se reunió, por orden del rey, con su padre, el prior don Antonio y el II Conde de Chinchón, junta que acordó la ejecución inmediata de los planos estudiados<sup>139</sup>. El impulso no tardó en llegar: el 15 de mayo se expidió título de veedor y contador de los Alfaques de Tortosa, y con el envío de 8.000 ducados se reemprendieron los trabajos<sup>140</sup>. Claro que el dinero se terminó enseguida, y las autoridades de Tortosa pusieron dificultades para abrir la bolsa, por lo que Felipe II ordenó se pidiera en préstamo a Vespasiano Gonzaga, virrey de Valencia<sup>141</sup>. Hacia mayo de 1577 el prior informaba que la torre de San Pedro estaba terminada, y la de Boliche casi a punto; pero la primera se derrumbó a las pocas semanas, al parecer por la ruin calidad de los materiales empleados<sup>142</sup>. La fábrica se reinició con más dinero, y la segunda quedó terminada en agosto de 1578, poco antes de que fuera enviado desde Gibraltar el ingeniero Cristóbal de Antonelli<sup>143</sup>.

Pero si las torres constituían en cierto modo una línea de defensa estática del litoral catalán, las flotas de galeras aparecían como un complemento dinámico y activo, imprescindible para combatir la piratería y el corsarismo, tanto en el mar como en sus bases en el norte de Africa. Las atarazanas de

*itectura para la defensa del territorio*, "Espacio, tiempo y forma. serie VII: Historia del Arte", I, 3 (1990), pp. 55-86; II, 4 (1991), pp. 53-94.

<sup>136</sup> AA, caja 10, nums. 47 y 86.

<sup>137</sup> Carta del rey al prior, de 30 de agosto de 1571, AA, caja 9, nº 79.

<sup>138</sup> AA, caja 53, nº 25.

<sup>139</sup> AGS. GM, leg. 81, nums. 236, 238 y 241.

<sup>140</sup> Que se encuentra en AGS. GM, leg. 81, nº 406.

<sup>141</sup> Cartas del rey a Toledo, de 17 de septiembre, 16 de octubre, 28 de noviembre y 8 de diciembre de 1576; 3 y 6 de abril de 1577. AA, caja 10, nums. 5, 9, 24, 26, 43 y 44.

<sup>142</sup> Cartas del rey de 22 de mayo, 29 de junio y 8 de julio de 1577, AA, caja 10, nums. 50, 58 y 59.

<sup>143</sup> Cartas del rey de 4 de octubre de 1577; 28 de agosto y 5 de septiembre de 1578. AA, caja 10, nums. 83, 91 y 93.

Barcelona eran una de las fábricas más importantes de este tipo de embarcaciones de remo, características del Mediterráneo<sup>144</sup>. Tanto es así que don Juan de Austria, capitán general de la mar desde 1568 y que quiso llevarse consigo a Italia un maestro constructor, encargó a don Hernando a finales de 1571 le construyera una nueva galera real<sup>145</sup>. El prior siempre cuidó esta industria, ya fuera pidiendo en la Corte mercedes para el maestro de las atarazanas<sup>146</sup>, buscando afanosamente remeros – siempre escasos – para las galeras o atendiendo a la conservación de los árboles, a cuyo fin se había expedido una pragmática real y nombrado en octubre de 1576 a dos alguaciles para procurar su estricto cumplimiento, aunque don Hernando se quejó de que resultaban insuficientes<sup>147</sup>. Por otro lado, el traslado de los troncos en carros suscitó un serio conflicto con las autoridades del principado a comienzos de 1573, que reclamaban el control y tasas sobre dicho transporte, en detrimento de la jurisdicción del capitán general y, en último extremo del Consejo de Guerra. Las airadas protestas del prior tuvieron rápido eco en la Corte – en algún momento se atribuyó el encarecimiento de la construcción de galeras al costo de este medio de transporte – y Felipe II ordenó al vicenciller que procediera para reestablecer la situación<sup>148</sup>.

Respecto al tráfico de las galeras reales, además de sus funciones como marina de guerra, servían para trasladar las tropas reclutadas en la península ibérica, así como provisiones y bastimentos, hacia Italia y los diferentes enclaves del Mediterráneo; eran también imprescindible vehículo de transporte para importantes personajes que iban o venían de la Corte. Su organi-

<sup>144</sup> Acerca de las galeras, véase J.F. Guilmartin, *Gunpowder and Galleys: Changing Technology and Mediterranean Warfare at Sea in the sixteenth century*, Cambridge, 1975; P. Montoya, *Les reines de la Méditerranée: les galères au service de l'Espagne en Méditerranée Occidentale, 1570-1621*, Memoria presentada en junio de 1995 en la Université de Toulouse le Mirail; Thompson, *Guerra y decadencia*, cit., pp. 220 y ss.

<sup>145</sup> Sobre el intento de don Juan de llevarse un maestro constructor, AA, caja 9, n.º 76 (agosto 1571) y sobre la construcción de la galera, en el mes de diciembre, *Ibid.*, num. 94 y 95; en marzo de 1573 la galera estaba lista para vararla, *ibid.*, num. 112 y 120; AGS. GM, leg. 78, num. 235 y 239.

<sup>146</sup> Delgado al rey, 24 de septiembre de 1576. AGS. GM, leg. 81, n.º 315.

<sup>147</sup> Sobre este tema, cartas del rey a Toledo de 10 de octubre y 31 de diciembre de 1576, y 31 de marzo de 1577 (AA, caja 10, num. 9, 29 y 42) y copia de cartas del prior, de 30 de octubre. AGS. GM, leg. 81, n.º 156.

<sup>148</sup> Sobre este tema, véanse tanto la carta del prior al Delgado, de 3 de marzo de 1573 (AGS. GM, leg. 77, n.º 143), como la relación del secretario a Felipe II, remitiendo la misiva con sus propias recomendaciones, donde Felipe II anotó su respuesta, *ibid.*, n.º 144. Sobre el costo, en octubre de 1576 el rey afirmaba en carta al prior que las galeras habían pasado de costar 1.500 ducados a 3.000, atribuyendo el aumento a los carros, AA, caja 10, n.º 12.

zación y mantenimiento era tenida en tanta consideración que se consolidó un espacio específico para el tratamiento de estos aspectos, la Junta de Galeras<sup>149</sup>. Así, todo el movimiento de estas flotas era coordinado desde la Corte en estrecho contacto con las autoridades periféricas, entre ellas el virrey de Cataluña. Y obtendremos una idea de la complejidad del sistema con el planteamiento de una situación típica de comienzos de la temporada marítima, en este caso la de 1573.

Por aquellos días, don Juan permanecía en Mesina, y luego en Nápoles, tras la desafortunada campaña del año anterior, mientras se negociaban las nuevas condiciones de la Liga con la Santa Sede y Venecia. El caso es que en marzo de 1573 envió al capitán Luis de Acosta con cuatro galeras para varar la galera real que allí se construía, bautizada con el nombre de "San Juan Bautista"<sup>150</sup>. Al mismo tiempo pasaban por Barcelona, procedentes de Génova, once galeras al mando de Alvaro de Bazán y, por otro lado, Sancho de Leyva, que había invernado con veinte galeras en San Lúcar, se movilizaba hacia el norte. Con estas naves, y alguna más añadida, los ministros del rey hacían múltiples combinaciones para atender las necesidades, que no eran pocas: eran necesarias galeras no solo para varar la capitana de don Juan, sino otras diecisiete que en ese momento estaban en construcción en la atarazana de la ciudad condal; por otro lado, hacia Cartagena caminaban ya varios miles de hombres reclutados en los reinos, pendiente en la Corte la decisión sobre su destino tras el rompimiento de la Santa Liga por parte de Venecia en el mes de marzo (se trataba de elegir entre Lombardía y Flandes, o el ejército de don Juan en el Mediterráneo) y su traslado subsiguiente en galeras; y, por último, había que proveer el viaje a Italia del embajador saliente del emperador, Adam de Dietrichstein, así como traer a su sustituto, Hans Khevenhüller<sup>151</sup>.

Finalmente, después de muchas discusiones en la Corte, en todo tipo de foros según el carácter de la información analizada (Consejo de Estado,

<sup>149</sup> Véase nuestra tesis doctoral, *Los Consejos*, cit.

<sup>150</sup> Cartas de Felipe II al prior de 21 de diciembre de 1571 y 17 de marzo de 1573, AA, caja 9, nums. 91 y 112.

<sup>151</sup> La documentación sobre estos tráfos se hallará en AGS. GM, leg. 77, nums. 108, 159; leg. 78, nums. 213 a 274; E, leg. 1484, n° 36, y AA, caja 9, *passim*. Sobre los diplomáticos imperiales, F. Edelmayer, *Honor y dinero. Adam de Dietrichstein al servicio de la Casa de Austria*, "Studia historica. Historia Moderna", Salamanca, 11 (1993), pp. 89-116; G. Khewenmüller-Metsch, *Hans Khevenmüller kaiserlicher Botschafter bei Philipp II geheimer Tagebuch 1548-1605*, Graz 1971, así como el diario del segundo conservado en BNM, ms.

Consejo de Guerra, Junta de Galeras, reuniones entre el doctor Velasco y Ruy Gómez, Velasco y el prior don Antonio de Toledo, etc), y con el concurso de múltiples correos al prior, se cubrieron la mayor parte de los objetivos previstos. Se enviaron refuerzos a Flandes, la armada turca no hizo aparición y don Juan conquistaría Túnez en el mes de septiembre. Por otro lado, en el curso del negocio salió a relucir el costo que suponía cada galera para las arcas reales (15.000 ducados por unidad), a todas luces excesivo, y Juan Delgado ya informaba de que “V. Mag. acabada esta jornada ha de mandar dar orden en las galeras y verse el asiento que converná tener sobrellas, porque según la costa que hacen es ynposible poderse sustentar”<sup>152</sup>. En realidad, el nuevo orden tardó algo más en llegar, y Don Hernando tuvo oportunidad de intervenir en 1574 para dar su opinión sobre una propuesta de asiento que realizó el Duque de Medina Sidonia para llevar las galeras de España<sup>153</sup>. Fue en 1577, poco antes de alcanzar la tregua con el turco, cuando Felipe II dictó la esperada reorganización, tendente a reducir el número de efectivos, que comunicó a su virrey en Cataluña en carta de 30 de septiembre<sup>154</sup>. Es obvio que al prior se le reconocía amplia experiencia en el tema de galeras, pero no deja de ser curioso que, hacia 1579, don Hernando adujera que los aires marinos no le sentaban bien a su salud<sup>155</sup>; quizá fuera cierto, pero no lo es menos que, para entonces, su ansia era volver a la Corte, no servir en la mar.

d) *Críticas y aislamiento: la salida del principado*

Los últimos años del prior en Cataluña arreciaron las críticas contra su forma de ejercer el gobierno por parte de las autoridades catalanas (en realidad, tenían una visión radicalmente diferente del servicio real, y nunca llegaron a entenderse), ataques que hacían mella en la corte, donde el prior carecía de sólido apoyos. En este contexto, los negocios militares fueron campo abonado para la censura. Motivos de enfrentamiento con los diputados de la generalitat fueron, entre otros, el edicto para evitar la saca de caballos a Francia en 1576, y la prohibición de usar arcabuces de pedernal de cierta medida<sup>156</sup>. Hasta tal punto llegó la incomprensión entre las dos partes, que a

<sup>152</sup> AGS. GM, leg. 78, nº 218. Sobre este tema, Thompson, *Guerra y decadencia*, cit., pp. 209-210.

<sup>153</sup> AGS. GM, leg. 173, nº 453.

<sup>154</sup> AA, caja 10, nº 82.

<sup>155</sup> Carta de Mateo Vázquez al rey, 20 de febrero de 1579, BL. Add. 28.263, fols. 212 y 213; Riba García, *Correspondencia privada*, cit., pp. 195-196.

<sup>156</sup> Un buen resumen de ambos en la carta de Berenguer de Castro al rey, de 18 de julio de 1576, IVDJ. Envío 10, caja 17, nº 185.

comienzos de 1578 el prior proclamaba que Cataluña estaba a punto de levantarse, afirmación que provocó gran sentimiento entre los regentes catalanes que posaban en la Corte, y disgusto del rey por su lengua excesivamente larga<sup>157</sup>.

Desde Madrid, el control del dinero enviado para las fortificaciones era siempre posible motivo de censura, curiosamente coincidiendo con momentos especialmente delicados. Así, en octubre de 1573 (tras las desapariciones de Ruy Gómez y Velasco) se enviaba una primera advertencia al prior sobre el fraude en los fondos destinados al castillo de Perpiñán<sup>158</sup>; pero el embate más fuerte que soportó don Hernando tuvo lugar en octubre de 1576 cuando, pocas semanas después de la muerte del dueño de los asuntos de la Corona de Aragón, el II Conde de Chinchón, y con Flandes en plena ebullición, recibía un severo varapalo a su gestión en la frontera<sup>159</sup>. Se dudaba de que se hubieran repartido correctamente los 16.000 ducados enviados para el pago de la gente de guerra, de que se siguieran las instrucciones dadas en la obra del castillo de Perpiñán y, por último, se le ordenaba la sustitución de su lugarteniente en aquella frontera, Pedro Rodríguez, por las continuas quejas de la ciudad de Perpiñán<sup>160</sup>.

Esto último fue, probablemente, lo que más le dolió al prior, por lo que tuvo de abierto desprecio a su autoridad y ofensa a uno de sus hombres de confianza. Escribió de inmediato una concisa carta al rey para manifestar su disgusto por el procedimiento seguido ("no puedo dejar de quejarme a V.Mag. muy de veras porque con tan poco fundamento y sin oyrme ni avisarme ayan dado crédito a los que se quejan"), y otra más extensa a Mateo Vázquez explicando el caso con detalle<sup>161</sup>. Relataba don Hernando como, enterado del problema, había enviado un doctor de la sala Criminal de la audiencia para hacer averiguaciones, sin hallar culpa en su oficial. A su

<sup>157</sup> Mateo Vázquez al rey, y respuesta, 3 de marzo de 1578, BL. Add. 28.357, fols. 179-180; pub. por Riba García, *Correspondencia privada*, cit., pp. 166-168. La misma impresión transmite el prior en su correspondencia con el rey, de 1578, que se conserva en RAH, Ms. A-49, fols. 477-478 (citamos por resumen de catálogo, debido a que nos ha sido imposible consultar el original por su estado de conservación).

<sup>158</sup> AA, caja 9, nº 150.

<sup>159</sup> Carta del rey al prior, por la vía de la guerra, en AA, caja 10, fol. 11.

<sup>160</sup> Una de estas quejas en carta de la ciudad al rey de 28 de abril de 1574, donde calificaba a Pedro Rodríguez, quien había sustituido en la lugartenencia a Gonzalo Rodríguez, de "persona pobre y de poca calitat, inquieta y malquista no sols dals provincials pero encara de la gent de guerra", IVDJ. Envío 10, caja 18, nº 292.

<sup>161</sup> La carta al rey en IVDJ. Envío 10, caja 17, nº 180; y a Mateo Vázquez en *ibíd.*, nº 140.



entender, todo derivaba de la resistencia de Perpiñán a cumplir las órdenes que eran imprescindibles para la seguridad militar de la frontera. El asunto también se lo había comunicado Delgado en su visita a la Corte de mediados de 1576, a quien respondió que el monarca debía enviar persona imparcial desde Madrid para establecer la verdad. Nada se hizo y allí había quedado el negocio hasta recibir el humillante mandato del rey, que sin embargo cumplió al momento nombrando en el puesto a Martín Guzmán de Toledo. Sus protestas no encontraron eco en la Corte, pero tampoco la cosa quedó ahí. Dos años después la ciudad de Perpiñán se quejaba a Felipe II del regreso de Rodríguez a la frontera. El prior lo negó con vehemencia (en realidad, como reconocería después, sí que había ido a recoger algunas pertenencias y despedirse de los amigos), pero el alboroto le decidió a prescindir definitivamente de sus servicios en Cataluña. Lo envió a Madrid, para terminar nombrándole poco después su lugarteniente en la compañía que todavía tenía en Lombardía<sup>162</sup>. No fue este el único enfrentamiento de don Hernando, pues al final también hubo de hacer frente a los ataques de sus propios oficiales, como fue el caso de la carta que escribió a la Corte el veedor Bartolomé de Vilches, acusando al Capitán General de todo tipo de arbitrariedades, que fueron rebatidas minuciosamente por el prior<sup>163</sup>.

A su entender, sin embargo, don Hernando no se merecía estos ataques. Había penado más que suficiente por atender el interés del rey en Cataluña: además de las extremadamente complicadas relaciones con las autoridades de la tierra, había sido excomulgado por el obispo de Elna<sup>164</sup>, no había recibido el salario que le correspondía (que debía cobrarse sobre el servicio de unas Cortes que llevaban muchos años sin celebrarse<sup>165</sup>), e incluso sufrió un intento de asesinato<sup>166</sup>. Y a pesar de todo ello, las agresiones de que era obje-

<sup>162</sup> Para estos últimos movimientos, cartas del prior a Mateo Vázquez de 8 de octubre de 1578 (IVDJ. Envío 112, n° 489), 9 de enero y 22 de marzo de 1579, *ibíd.*, Envío 11, caja 20, nums. 229 y 233. Existe un documento redactado por el propio Rodríguez en 1577, sobre las diferencias que mantuvo con Perpiñán, AZ. Carpeta 178, n° 163; y, así mismo, en marzo de 1579 Joan Martín Franqueza, doctor de la Audiencia, redactó un extenso memorial relatando los desmanes de la villa de Perpiñán contra la autoridad real, en el que se ocupaba del caso de Pedro Rodríguez, *ibíd.*, n° 161.

<sup>163</sup> La carta de Vilches en AGS. GM, leg. 90, n° 68, y la justificación del prior al rey, el 11 de junio de 1579, en *Ibíd.* n° 69.

<sup>164</sup> Se encontrará una detallada descripción de este borrascoso asunto, provocado por la ejecución de Marc Antoni Forner en 1573, en nuestro trabajo *El gobierno de Cataluña*, cit.

<sup>165</sup> Sus peticiones en este sentido que aparecen en la documentación consultada sobre el personaje, son incontables.

<sup>166</sup> La conspiración fue descubierta por el regente Terca, como él mismo informaba al monarca en carta de 28 de mayo de 1579, con todos los detalles del caso, IVDJ. Envío 10, caja 17, n° 188.



to demostraban que sus muchos servicios no se veían adecuadamente correspondidos desde la Corte, donde su aislamiento resultaba notorio. Es cierto que en esta época el nombre de don Hernando se tuvo siempre presente cada vez que se discutieron cargos o mercedes de cierta relevancia, pero da medida de su desgracia el que fuera sistemáticamente rechazado, no obstante el recurso a Espinosa, primero, a Antonio Pérez transitoriamente y a Mateo Vázquez durante los últimos años.

Algunos ejemplos ilustran esta afirmación. En 1571 intentaba sin éxito conseguir el almirantazgo de Nápoles o la capitanía de la guardia española (plaza esta última que la muerte del Duque de Feria había dejado vacante)<sup>167</sup>; el año siguiente pugnaba por el puesto a la vera de don Juan en el Mediterráneo<sup>168</sup> (tanto este oficio como el almirantazgo fueron para el Duque de Sessa); en 1575 era el monarca quien sugería su nombre para encabezar la misión que se había de enviar a Génova, que el Consejo de Estado no tuvo por bueno<sup>169</sup>; en 1576 Mateo Vázquez insinuaba al rey, también infructuosamente, la posibilidad de que fuera destinado a Sicilia<sup>170</sup>, y el mismo prior afirmaba que “A mi me ha aprovechado poco hasta agora desear salir de aquí y hazer para ello todas diligencias”<sup>171</sup>. 1578 fue especialmente enjundioso en este aspecto: en febrero era Francisco de Ibarra, viejo conocido de su Casa, quien le proponía para gobernar las galeras en lugar del Duque de Sessa, contra el parecer de la Junta de Galeras, cuyo candidato era Juan Andrea Doria<sup>172</sup>; en junio, durante la visita a la Corte en la que se decidió que habría de afrontar un cuarto mandato, hay indicios de que aspiró a la presidencia del Consejo de Italia, vacante por el fallecimiento en marzo del Duque de Francavilla, y cuyo fracaso atribuyó don Hernando al vicescanciller Bolea y el regente Paulo Pla, quienes “an tramado porque yo no bolbiese aquí [Barcelona] y su mag. no me yziese su presidente”<sup>173</sup>; en diciembre, tras el

<sup>167</sup> Véanse las cartas despachadas a Espinosa el 13 y 14 de septiembre de 1571, AA, caja 135, nums. 150, 151 y 152.

<sup>168</sup> Carta a Espinosa de 13 de enero de 1572, AA, caja 135, n° 159.

<sup>169</sup> AGS. E, leg. 1405, nums. 94 en adelante; BL. Add. 28.262, fol. 81, “Lo que ha parescido en Consejo de Estado a 9 de mayo 1575 sobre la persona para Génova”.

<sup>170</sup> Carta de Mateo Vázquez al rey, 30 de marzo de 1576, BL. Add. 28.263, fols. 26 y 27; Riba García, *Correspondencia privada*, cit., p. 35.

<sup>171</sup> AA, caja 53, n° 34.

<sup>172</sup> IVDJ. Envío 87, caja 122, n° 185; aducía el viejo consejero que “demás de tener las partes que se requieren para encomendalle esta máquina, es muy amigo de los que gobiernan aquellos reynos [Sicilia y Nápoles]”.

<sup>173</sup> Carta a Mateo Vázquez de 29 de septiembre de 1578, informándole de las confidencias que le había hecho el Duque de Cardona, recién llegado de la Corte, IVDJ. Envío

deceso de Sessa, renovaba su petición sobre almirantazgo de Nápoles, con similar resultado al obtenido siete años antes<sup>174</sup>. Y ya en 1579, en el mes de mayo trataba de acceder a una plaza en el Consejo de Estado, sin respuesta positiva<sup>175</sup>; poco antes, en el mes de abril, expresaba a Vázquez su enorme sentimiento por no haber sido elegido ni para el virreinato de Nápoles ni para la mayordomía de la reina Ana, cuando “el mundo [estaba] a la mira de lo que el Rey azía conmigo en recompensa de mis servicios”<sup>176</sup>.

Pero, al tiempo que el prior se lamentaba amargamente de su suerte, las cosas estaban cambiando en la Corte, guiadas por la crisis de la sucesión portuguesa. Don Hernando conoció oficialmente la muerte del rey Sebastián de Portugal a través del secretario de la guerra, Juan Delgado, pero conocemos su reacción gracias a la carta que escribió a su amigo, Mateo Vázquez. Sintió la noticia pero, militar hasta la médula, el comentario que le mereció la derrota de Alcazarquivir fue que “usanza es de guerra perder y ganar”, máxime cuando la expedición lusa estaba condenada al fracaso por su mala preparación<sup>177</sup>. A lo largo de los meses siguientes, el prior asistió desde Barcelona a las grandes prevenciones políticas y militares que se realizaban para asegurar la culminación del más caro deseo de Felipe II, ceñir la corona lusa<sup>178</sup>. En este sentido, el movimiento en la Corte fue más que notorio, pero contradictorio para los intereses de nuestro protagonista. Si por un lado celebró la debacle del “partido papista” – que proclamaba el triunfo de Mateo Vázquez – y la llamada a la Corte del cardenal Granvela, conocido suyo de antiguo, por otro hubo de lamentar la desgracia de su padre, el Duque de Alba, destier-

11, caja 20, n° 228; sobre el negocio de la presidencia, el 28 de junio, en Madrid, se quejaba a Vázquez de que el Consejo de Italia se había opuesto al posible nombramiento, *ibíd.*, Envío 112, n° 487.

<sup>174</sup> Carta a Mateo Vázquez de 15 de diciembre de 1578, IVDJ. Envío 11, caja 20, n° 229.

<sup>175</sup> Carta a Mateo Vázquez de 10 de mayo de 1579, IVDJ. Envío 11, caja 20, n° 235.

<sup>176</sup> Carta a Mateo Vázquez de 28 de abril, AZ. Carpeta 146, n° 165. El secretario sí que intentó que fuera nombrado para Nápoles. – como consta en el documento que envió al rey el 20 de febrero de 1579, tras la muerte de Vélez –, aunque su candidato para la mayordomía era el Conde de Barajas, que fue el elegido, BL. Add. 28.263, fols. 212 y 213; Riba García, *Correspondencia privada*, cit., pp. 196-197.

<sup>177</sup> La reacción del prior ante el suceso, en carta a Mateo Vázquez de 29 de agosto, IVDJ. Envío 11, caja 20, n° 227.

<sup>178</sup> Acerca de la crisis sucesoria, nos remitimos a la tesis doctoral de F.J. Bouza Álvarez, *Portugal en la Monarquía Hispánica (1580-1640): Felipe II, las Cortes de Tomar y la génesis del Portugal Católico*, Madrid 1987; sobre los preparativos militares en la Corte, véase nuestro artículo *La Junta Militar de Portugal, 1578-1580*, en Martínez Millán – Fernández Albaladejo – Pinto Crespo (eds.), *Política, religión*, cit., pp. 287-308.

rado a Uceda gracias a las andanzas de su hijo Fadrique, muy debilitada ya su posición debido a su tibio entusiasmo en el negocio portugués.

De todas formas, el prior se dispuso a jugar todas las bazas a su alcance para intentar mejorar su fortuna. Una de ellas pasó por Barcelona en los primeros días de julio de 1579, cuando tuvo ocasión de recibir y hospedar a Granvela, que desde Italia se encaminaba hacia la Corte<sup>179</sup>. En las conversaciones que ambos mantuvieron, el virrey no dejó de insistir en que Mateo Vázquez era con mucho el mejor partido que podía tomar el anciano ministro en el escenario que le aguardaba. Pero también se preocupó de su situación personal, con encarecidos ruegos para que, una vez en el gobierno, procurase su salida de Cataluña. Granvela le aseguró sus buenos oficios y, en unión de Mateo Vázquez – que, en efecto, intentó atraerse inicialmente al cardenal<sup>180</sup> – probablemente tuvo algo que ver con el hecho de que el monarca aceptara concederle una licencia por dos meses, que podía empezar a disfrutar desde finales de octubre<sup>181</sup>. Don Hernando abandonó Barcelona el sábado 7 de noviembre de 1579<sup>182</sup>, y los avatares de la crisis portuguesa convirtieron el permiso provisional en la ansiada retirada definitiva del virreinato.

### *3.4. La campaña de Portugal y sus consecuencias (1580-1586)*

En Castilla le esperaban a don Hernando hartos negocios pendientes del priorato de León, que la muerte de don Antonio había puesto en sus manos, pero su padre no tardaría en reclamar sus servicios. En efecto, aunque el Duque de Alba permanecía todavía desterrado en Uceda, Felipe II necesitaba a su mejor general para conducir las tropas que se juntaban para entrar en

<sup>179</sup> Véase la muy expresiva carta a Mateo Vázquez, fechada el 12 de julio de 1579, y que comienza: “El cardenal Granvela a sido my huesped los días que aquí a estado”, IVDJ. Envío 11, caja 20, nº 238; parece que Granvela le aseguró que mantendría la adecuada correspondencia con Vázquez. Sobre Granvela, M. Van Durme, *El Cardenal Granvela (1517-1586): Imperio y revolución bajo Carlos V y Felipe II*, Barcelona 1957; parte de su correspondencia durante esta época, E. Pouillet – C. Piot, *Correspondance du Cardinal de Granvelle (1565-1586)*, Bruselas, 1877-1896, 12 vols.

<sup>180</sup> Así, cuando el 16 de agosto de 1579 Gassol comentaba al III Conde de Chinchón, “Ya Vuestra Excelencia avrá tomado el pulso al cardenal de Granvela y se yrá tomando lengua de lo que ha de ser y si lo de Italia ha de venir a sus manos”, respondía el Conde, “Aun no se lo he tomado, pero Matheo Vázquez sí, y traele bien concertado en todo lo que a v.m. toca”, IVDJ. Envío 13, caja 24, nº 136.

<sup>181</sup> Carta del rey al prior de 29 de agosto de 1579, AA, caja 10, nº 111.

<sup>182</sup> BNM. Ms. 2338, h. 51r.

Portugal<sup>183</sup>; la orden llegó en febrero de 1580, y Alba marchó rápidamente a Llerena a ultimar la preparación del ejército<sup>184</sup>. Para ello reclamó la inestimable colaboración de don Hernando quien, ya en aquella villa, se reencontró con un viejo camarada de armas en Flandes, Sancho Dávila, a quien tuvo la oportunidad de hacer un favor, utilizando su amistad con Mateo Vázquez para que intercediera por un negocio suyo en la Corte<sup>185</sup>. Mientras Dávila fue nombrado Maestre de Campo General, el Duque de Alba reservó a su hijo el mando de los arcabuceros a caballo. A pesar de constituir una fuerza reducida, esta elección suscitó un escabroso incidente con don Alonso de Vargas, en quien había pensado el rey para el puesto<sup>186</sup>. La encendida defensa que de las habilidades de su hijo hizo el Duque, unida al herido orgullo de Vargas, dieron finalmente el oficio al prior. Como tal, formando parte de la plana mayor del Duque, intervino en la rápida campaña de Portugal.

Felipe II se proclamó rey de Portugal en las Cortes de Tomar. Mientras permaneció en el reino luso, hubo de articular el gobierno de su vasta Monarquía, de modo que, en tanto los organismos quedaron en Madrid, encabezados por el cardenal Granvela, a la vera del monarca comenzó a funcionar un sistema que ya había acreditado su valía durante la década anterior, las juntas. Sus integrantes filtraron todos los negocios y documentación procedentes de los distintos Estados del Rey Prudente: fue el momento de mayor poder del “partido castellanista” dirigido por Mateo Vázquez, pero nuevos personajes comenzaban ya a fraguar las bases de su proximidad al monarca. No se contaba entre éstos Don Hernando, a pesar de constar su participación en estas reuniones – en enero de 1582 intervenía en una junta dedicada a estudiar el problema de la sal y su salida hacia Flandes<sup>187</sup> –, aunque no se mantuvo mucho tiempo discutiendo asuntos de gobierno. Las diferentes potencias de la Cristiandad continuaban intrigando para neutralizar el creciente poderío

<sup>183</sup> Acerca de la ocupación militar de Portugal, parte de la documentación ha sido publicada bajo el título “Correspondencia del Duque de Alba con Felipe II y otros personajes sobre la conquista de Portugal en 1580”. Codoín, vol. 32, pp. 7 a 574; vol. 33, pp. 5 a 574; vol. 34, pp. 5 a 584 y vol. 35, pp. 5 a 360. Esta fuente fue empleada para realizar una detallada descripción de la campaña por J. Suarez Inclán, *Guerra de anexión en Portugal durante el reinado de Felipe II*, Madrid 1897.

<sup>184</sup> Maltby, *El Gran Duque*, cit. cap. XIV.

<sup>185</sup> Carta a Mateo Vázquez desde Llerena, 1 de mayo de 1580 (IVDJ, Envío 112, nº 491).

<sup>186</sup> Véase nuestro artículo *La profesionalización del gobierno de la guerra: Don Alonso de Vargas*, en Martínez Millán (ed.), *La corte*, cit., p. 433.

<sup>187</sup> Formada además por el Duque de Alba, don Cristóbal de Moura, Juan Delgado, Juan Núñez de Illescas, Álvarez y Juan de Isunza, AGS, GM, leg. 135, nº 1.

de Felipe II, en especial mediante el apoyo al fallido pretendiente, don Antonio, prior de Crato. En esta situación, era indispensable asegurar militarmente las nuevas posesiones de la Monarquía. A mediados de marzo de 1582 se discutió el nombramiento de don Hernando para comandar la tropas situadas entre las desembocaduras de los ríos Miño y Duero, la zona norte del reino, título que se despachó finalmente el 3 de abril<sup>188</sup>. Como señaló el mismo prior, "V. Mag. me mandó le viniese a servir en esta tierra por las sospechas que avía de que don Antonio y franceses tentasen de invadirla"<sup>189</sup>.

Fiel a su filosofía, don Hernando desarrolló en su nuevo mando una gran actividad, demostrando una vez más la amplia experiencia acumulada en estos menesteres<sup>190</sup>. En los últimos días de abril entró en Oporto, ciudad que habría de servirle de centro de operaciones, cuyas defensas reconoció de inmediato (con sabios consejos para su mejora), contactando así mismo con sus autoridades para el alojamiento de los soldados allí destinados. Inmediatamente se hizo cargo de la situación en la zona. Pidió un tenedor y proveedor de bastimentos, el dinero necesario para mantener los hombres (sus súplicas de numerario fueron constantes) y un ingeniero para las fortificaciones. Aparte de las fuerzas disponibles<sup>191</sup>, obtuvo don Hernando refuerzos compuestos por un tercio al mando de Luis Enríquez, y 6 compañías de caballos ligeros y hombres de armas (provenientes de las Guardas de Castilla); en total, 46 unidades (aunque algunas se emplearían en la campaña de las Azores), cuyos capitanes recibieron cuidadosas instrucciones para comunicar posibles desembarcos y proceder en consecuencia, según el lugar elegido por el enemigo<sup>192</sup>. Además, en el mes de mayo hizo un rápido recorrido de ida y vuelta desde Oporto hasta Bayona, en la frontera con Galicia. Mientras el camino a aquel reino lo hizo por la costa, para examinarla deteni-

<sup>188</sup> Noticias de las discusiones sobre este nombramiento, el 17 de marzo, en AGS. GM, leg. 135, n° 39, y original del título en AA. caja 53, n° 88.

<sup>189</sup> Carta al rey de 10 de agosto de 1582, AGS. GM, leg. 129, n° 210.

<sup>190</sup> Que conocemos fundamentalmente gracias a su correspondencia con el rey y diversos personajes, que se conserva en AGS. GM, leg. 125, nums. 125 a 139; leg. 126, nums. 218 a 240; leg. 127, nums. 37 y 250 a 270; leg. 128, nums. 151 a 171; leg. 129, nums. 210 a 223 y 337 a 341; leg. 130, nums. 78 a 100; leg. 131, nums. 31 a 36 y leg. 143, n° 172.

<sup>191</sup> Una relación de las fuerzas existentes y su distribución, en AGS. GM, leg. 126, n° 232.

<sup>192</sup> "La orden que an de tener y observar las cabecas y capitanes que ay desde esta ciudad de Oporto por la costa de mar hasta la villa de Bayona, en caso que el enemigo venga a ponerse sobre qualquiera de las plazas della es la siguiente", documento fechado en Oporto a 25 de mayo de 1582, AGS. GM, leg. 126, n° 234.

damente, regresó por el interior “para reconocer los pasos y puentes de los ríos que ay entre los de Duero y Miño, que no son pocos”, y envió a la Corte todos los detalles que consideró dignos de interés<sup>193</sup>. Por otro lado, encontró Galicia desprotegida para una eventual invasión, y el prior llegó a mandar a aquel reino una compañía de bisoños, formada por 200 soldados.

A principios de agosto de 1582 el prior consideraba cumplida su misión. Parte de las tropas habían sido retiradas, y las que quedaban de vigilancia estaban alojadas en armonía con la tierra, las vituallas garantizadas y el tiempo demasiado avanzado como para que el enemigo intentase nada. En consecuencia, en cartas al rey y a Juan Delgado pidió repetidamente licencia para atender sus obligaciones en la orden (tenía capítulo convocado en Zamora el 2 de octubre) y su quebrantada hacienda en los priorazgos<sup>194</sup>; sin embargo, en su correspondencia con su amigo Mateo Vázquez fue mucho más sincero a la hora de presentar sus motivos para pedir el retiro pues, asumiendo que el rey pronto regresaría a Castilla, no deseaba quedar en Portugal, ya que “my voluntad bien sabe v.m. que es estar en la Corte y no apartarme della, si no fuese para tornar a ella”<sup>195</sup>. La victoria de la armada del Marqués de Santa Cruz en las Azores, de la que fue dando cumplidas noticias, le sirvió para reforzar sus pretensiones<sup>196</sup>, de modo que la licencia le fue finalmente concedida en el mes de octubre<sup>197</sup>, y dejó el mando de las tropas entre Duero y Miño al maestre de campo Luis Enríquez<sup>198</sup>.

Resulta imposible averiguar si la concesión de esta licencia fue el último servicio que don Hernando hubo de agradecerle a su ya moribundo padre. En efecto, tras una larga enfermedad, que le mantuvo apartado de consejos y juntas – aunque fuera todavía consultado en privado sobre los negocios –, el III Duque de Alba, don Fernando Alvarez de Toledo, falleció en Lisboa el 12 de diciembre de 1582. Dejaba como titular de la Casa al IV Duque, don Fadrique, cuyas relaciones con la Corona no eran especialmente buenas, como tampoco lo eran con su hermano, don Hernando, según los rumores cortesanos<sup>199</sup>. Además, durante la estancia de la Corte en Portugal habían

<sup>193</sup> La descripción pormenorizada del viaje en AGS. GM, leg. 126, n° 231.

<sup>194</sup> Cartas al rey y a Delgado de 10 de agosto de 1582, AGS. GM, leg. 129, nums. 210 y 215.

<sup>195</sup> Carta a Mateo Vázquez de 20 de agosto de 1582, *ibid.*, n° 218.

<sup>196</sup> *Ibid.*, nums. 213, 214, 219, 220, 222 cartas de 11, 23, 30 de agosto.

<sup>197</sup> AGS. GM, leg. 130, n° 84.

<sup>198</sup> Carta al rey de 23 de septiembre de 1582, AGS. GM, leg. 130, n° 92.

<sup>199</sup> Sobre la relación entre ambos hermanos, véase el “Anónimo contra el Duque de Alba”, AA, caja 151, n° 18; pub. por Berwick y de Alba, *Documentos escogidos*, cit., pp. 90

comenzado a descollar determinados ministros – Juan de Idiáquez en Estado y Guerra, al que pronto se uniría Juan de Zúñiga –, a costa tanto de Granvela, viejo conocido del prior, como, un poco más tarde, de los dirigentes del “partido castellanista”, en especial Mateo Vázquez, poco aptos por su formación y mentalidad para encarar los nuevos retos que aguardaban a la Monarquía Hispánica.

La combinación de estos acontecimientos fue nefasta para el inmediato futuro político de nuestro protagonista. Durante 1583 y 1584, período crucial en la reordenación del espacio cortesano, don Hernando estuvo lejos de la gracia real, sin oficio en la Corte, que era su máxima aspiración, ni tan siquiera cargo en el gobierno periférico de la Monarquía. Es sintomático el hecho de que el secretario de la Guerra, Juan Delgado, siempre fiel a la Casa de Alba pero que tampoco estaba ya en su mejor momento, manifestara su deseo de verle prontamente en el lugar que le correspondía<sup>200</sup>.

A finales de 1584, don Hernando se movió para intentar superar este bloqueo, con ocasión de la jornada real a Zaragoza, donde se habrían de celebrar las bodas reales entre Catalina Micaela, hija de Felipe II, y el Duque de Saboya. Por medio de Mateo Vázquez procuró a última hora estar presente en este acontecimiento principal<sup>201</sup>. Además, la posterior celebración de las tan deseadas Cortes generales de la Corona de Aragón en Monzón dieron ocasión el prior, a petición del monarca, de informar de nuevo sobre la creación de una milicia de caballería en aquellos territorios, aunque, malquisto por los catalanes, no asistiera a las Cortes y regresara a Castilla tras los fastos. En el documento que envió a Felipe II aludía a los motivos que le llevaron a plantearla en sus tiempos de capitán general de Cataluña, y recordaba los detalles<sup>202</sup>. Habrían de ser 2.000 jinetes, divididos entre un millar de hombres de armas (caballería pesada), 800 caballos ligeros y 200 arcabuceros, distribuidos todos ellos entre Perpiñán y Valencia, con un sistema de turnos. Relacionaba el número de oficiales necesarios (40 capitanes, 40 tenientes, alfereces, etc), aunque no entraba a especificar los oficios administrativos

y ss.; acerca de la desgracia de don Fadrique, el expresivo resumen de su memorial enviado al rey, hacia 1584, BL. Add. 28.344, fol. 362.

<sup>200</sup> Carta de Luis de Barrientos a Delgado, Lisboa, 27 de agosto de 1583, AGS. GM. leg. 148, nº 37.

<sup>201</sup> Véanse los billetes cruzados entre ambos en enero de 1585, IVDJ. Envío 112, fol. 496. Sobre el viaje, H. Cock, *Relación del viaje hecho por Felipe II, en 1585, a Zaragoza, Barcelona y Valencia*, edición de A. Morel – Fatio – A. Rodríguez Villa, Madrid, 1876, y en pp. 42, 60, 64 y 74 se hallarán menciones del prior.

<sup>202</sup> Copia en BNM. Ms. 1761, fol. 186; cit. Thompson, *Guerra y decadencia*, cit., p. 61.



(veedor, contador, pagador, auditor). Según sus cálculos, el costo anual sería de 154.200 libras de a 10 reales, pero el proyecto fue nuevamente arrumbado.

Sin embargo, la adversidad no le hizo al prior descuidar las obligaciones inherentes a su linaje, muerto el Gran Duque y semirretirado don Fadrique, jefe de la Casa. Así, se preocupó del mantenimiento de los tradicionales vínculos con los potentados italianos<sup>203</sup>; en este sentido, es preciso destacar que, previa consulta a Mateo Vázquez, el prior había hecho las gestiones necesarias para acoger en su posada de Madrid a un viejo amigo, Marco Antonio Colonna, que venía a la Corte procedente de Sicilia, encuentro frustrado por la muerte del virrey en Medinaceli, el 1 de agosto de 1584<sup>204</sup>. Pero también intervino activamente en la política matrimonial de la Casa de Alba, tratando de que su sobrino, don Antonio Alvarez de Toledo y Beaumont, Conde de Lerín y Condestable de Navarra – futuro V Duque de Alba, tras la muerte sin sucesión de don Fadrique – casara con la portuguesa Duquesa de Averó<sup>205</sup>. En ello veía don Hernando grandes ventajas políticas: la primera, la unión de una de las principales casas lusas con linaje castellano, pues no fiaba don Hernando del carácter portugués, y parecido efecto se conseguiría con Navarra. Sus esfuerzos valieron de poco aunque, como veremos, la boda de su sobrino todavía le daría quebraderos de cabeza.

En suma, resultaba patente una vez más que, sin una buena cobertura cortesana, don Hernando no podía defender adecuadamente ni los intereses de su linaje ni el curso de su propia carrera. Regresado el rey de la prolongada jornada aragonesa, el prior realizó un nuevo intento para mejorar su fortuna, esta vez a propósito de los vacíos dejados por la peste en el entorno de Felipe II. En el verano de 1586 trató infructuosamente de obtener, a través de Mateo Vázquez, el puesto de Cazador Mayor, vacante desde la muerte del Marqués de Aguilar<sup>206</sup>. Se lamentaba don Hernando del deficiente estado de la caza en los reales sitios, y llegó a asegurar que “es el oficio que yo más e

<sup>203</sup> Así, el 10 de diciembre de 1583 pedía licencia para enviar al Cardenal de Medicis 4 caballos de Castilla. AGS. CC. memoriales y expedientes, leg. 558, n° 27.

<sup>204</sup> Véanse las cartas a Mateo Vázquez de 12 y 17 de julio de 1584, IVDJ, Envío 112, num. 493 y 494; sobre la muerte del virrey, Rivero Rodríguez, *El servicio*, cit., p. 377.

<sup>205</sup> Carta a Mateo Vázquez. Consuegra, 13 de mayo de 1585, IVDJ, Envío 112, fol. 497. Don Antonio era vástago de don Diego de Toledo, hijo segundo del III Duque de Alba que murió tempranamente, y de doña Brianda de Beaumont, heredera de los títulos navarros. La preocupación de don Hernando por estos temas se refleja así mismo en la petición que hizo desde Madrid, el 29 de agosto, sobre cierta cantidad que se debía a doña Brianda, BL. Add. 28.346, fol. 183.

<sup>206</sup> Cartas a Mateo Vázquez, desde Madrid, el 16 y 21 de junio y 16 de julio de 1586, IVDJ, Envío 112, fols. 498 a 500.

deseado para my gusto”. Si su afición venatoria era indudable, mayor aun era su ansia por alcanzar un cargo cortesano de relevancia, vieja aspiración que en este momento hubiera supuesto un soplo de vida a su maltrecha trayectoria. Sin embargo, su aliado tradicional, el secretario Mateo Vázquez, se veía ya seriamente afectado por el profundo cambio que estaba viviendo el gobierno de la Monarquía. Pero fue precisamente este proceso el que estaba a punto de ofrecer al prior la oportunidad de culminar como era debido sus esfuerzos dedicados al servicio de Felipe II.

#### 4. CONSEJERO DE FELIPE II (1587-1591)

Durante los años que siguieron a su regreso de la jornada aragonesa, Felipe II culminó la conformación institucional del gobierno de la Monarquía Hispana. Por un lado, los distintos Consejos fueron reorganizados (con sucesivas ordenanzas, en algunos casos precedidas de *visitas*), y asumieron plenamente la jurisdicción delegada del monarca para la administración de sus respectivas parcelas, ya fueran territoriales o referidas a una materia concreta; entre éstos, el Consejo de Guerra veía desdoblada su secretaría (mar y tierra) y reafirmada su entidad frente a la sombra del Consejo de Estado. Por otro, el gobierno político de la Monarquía recayó en un reducido número de ministros, cada uno controlando un área determinada de los escalones burocráticos del gobierno interior, y que al cabo del tiempo fueron reunidos en junta por el Rey Prudente. Hacia 1588 la Junta de Noche era un hecho, como lo era la renovación del Consejo de Estado, en cuyo seno se discutía todo aquello relacionado con la reputación y seguridad del Monarca, de su “estado”, en especial la política exterior, aspecto que durante los últimos años del reinado de Felipe II habría de cobrar una dimensión desconocida hasta entonces.

En este nuevo contexto, ni el cardenal Granvela ni Mateo Vázquez y el “partido castellanista”, podían ofrecerle a don Hernando perspectivas políticas. Tampoco parece que se beneficiara de la prosperidad cortesana de un viejo conocido, don Juan de Zúñiga, que desde que llegara a la Corte en 1583, y en unión del secretario de Estado Juan de Idiáquez, había socavado por completo la posición del cardenal. Sin embargo, tanto el prelado como el comendador mayor desaparecieron prematuramente (a finales de 1586), circunstancias que impulsaron al primer plano político a don Cristóbal de Moura, que habría de convertirse en la persona más cercana a Felipe II durante sus últimos años<sup>207</sup>. El noble luso

<sup>207</sup> Sobre este personaje, A. Danvila y Burguero, *Don Cristóbal de Moura, primer Marqués de Castel Rodrigo (1538-1613)*, Madrid, 1900.

fue uno de los que accedieron al Consejo de Estado a los pocos meses de estas defunciones, cuando el monarca precisó del concurso de expertos ministros para completar este organismo y afrontar una de las fases más complejas de su reinado. También el prior don Hernando de Toledo se hallaba presente y ansioso por servir, avalado no solo por uno de los curriculum más completos que podían encontrarse en la Corte, sino también por estar colocado, de hecho – que no *de iure* –, a la cabeza de los Alba. De manera que juró de los Consejos de Estado y Guerra en marzo de 1587<sup>208</sup>.

Don Hernando había alcanzado, pues, una posición tan preciada como era el asiento en el Consejo del monarca. Al prestigio y la reputación conferidos a su nombre, que le hacían digno sucesor del Gran Duque, se unía la permanencia en la Corte y la posibilidad por tanto de beneficiarse de la *gracia* del rey en todos sus negocios, deseo largamente acariciado por el prior. Sin embargo, es preciso apuntar que, tanto por sus propias características personales como por la situación cortesana, nunca llegó a convertirse en un gran patrono, a ostentar poder político, como fuera el caso de su padre. Se trató en todo caso de un técnico en su materia, la milicia – terrestre y marina – con un conocimiento profundo sobre las distintas potencias de la cristiandad, reunido a lo largo de su trayectoria vital.

Durante los cuatro años que trabajó en los Consejos de Estado y Guerra, don Hernando puso este caudal a disposición del rey. Ciertamente, le tocó vivir un período crítico en el panorama continental<sup>209</sup>. Asistió a la preparación y derrota de la armada destinada a neutralizar la nociva influencia inglesa sobre Flandes, a la continuación de la guerra ofensiva contra Isabel I, a los triunfos y fracasos de Alejandro Farnesio en los Países Bajos, al ascenso y caída de la Liga Católica en Francia. Siguiendo la línea que le había guiado a lo largo de su vida, insistió siempre en la dureza y la acción armada para la resolución de los diferentes conflictos. El hecho de que el monarca acabara por abrazar esta política, realizando un esfuerzo gigantesco para mantener armadas y ejércitos en su progresiva implicación en los conflictos europeos, no impidió que el prior se enfrentara con los ministros que comenzaban a dominar la cúpula política, inexpertos a su entender en el arte de la guerra; así sucedió tras el desastre de la gran armada, cuando el prior manifestó su desacuerdo con la dirección de la Monarquía, que había llevado la expedición al desastre<sup>210</sup>.

<sup>208</sup> Cabrera De Cordoba, *Historia*, cit., vol. III, p. 231.

<sup>209</sup> Una buena síntesis en J.H. Elliott, *La Europa dividida, 1559-1598*, Madrid 1984 (5ª ed. en castellano; 1ª ed. en inglés, 1968).

<sup>210</sup> CSP-V, vol. VIII, p. 477, carta de Contarini de 23 de diciembre de 1589.

Tampoco descuidó don Hernando la defensa de su familia, cuya cabeza ostentaba de hecho tras la muerte de don Fadrique, y el acceso a la jefatura de la casa de su sobrino, don Antonio Alvarez de Toledo, como V Duque. Así, el matrimonio del joven duque fue materia de intensos movimientos, que tuvieron a don Hernando como centro. Tras el análisis de varias herederas, y con licencia del rey, el prior concertó los esponsales con Catalina Enríquez, hija de los Duques de Alcalá. Don Hernando tuvo que defender el enlace con todos los medios a su alcance, pues una trama en la que se vieron envueltos algunos de los principales nobles de la Corte, llevó al Duque de Alba finalmente a contraer matrimonio con Mencía de Mendoza, hija del Duque del Infantado; los personajes involucrados, y el mismo duque, fueron confinados en sus tierras<sup>211</sup>.

Una de las actuaciones en Consejo de Estado del prior tuvo lugar precisamente a raíz de la escapada sin permiso de su sobrino, para unirse en Lisboa a la armada<sup>212</sup>. Felipe II ordenó tratar en su seno la conveniencia de permitir a los jóvenes Grandes participar en empresas militares, y los pareceres nos muestran un importante aspecto del gobierno de un conglomerado tan complejo como era la Monarquía de los Austrias y que preocupaba sobremanera a los ministros del rey, cual era la necesidad de contar con cabezas preparadas para regir tanto sus diferentes estados como los poderosos ejércitos y armadas que se levantaban cada vez en mayor número. Era sentir unánime que tales elementos debían buscarse entre los miembros de la alta nobleza, pero mientras don Hernando, Gaspar de Quiroga y el Marqués de Almazán opinaban que debían permanecer en la Corte asistiendo al rey y aprendiendo en los recovecos del gobierno, para que el monarca se sirviera de ellos “en los mayores y mejores cargos”, Moura, Idiáquez y el Conde de Barajas aducían que la formación debían recibirla en los campos de batalla.

Quizás por esta “falta de cabezas”, el prior todavía fue empleado por el monarca, a pesar de su edad, para mandos concretos en empresas fuera de la Corte, relacionadas con crisis puntuales de la Monarquía. Ya en febrero de 1588, un marino tan experimentado como Miguel de Oquendo proponía que fuera el prior el comandante de la Gran Armada, ante el mal estado del Marqués de Santa Cruz<sup>213</sup>. Esta propuesta no llegó a materializarse, pero el 9 de mayo de 1589, el rey decidió que el prior fuera capitán general del ejército

<sup>211</sup> Cabrera De Cordoba, *Historia*, cit., vol. III, p. 444.

<sup>212</sup> AGS. E, leg. 2855 (sin foliar) y leg. 165, n° 157.

<sup>213</sup> Carta al rey de 9 de febrero, AGS. GM, leg. 220, n° 74; pub. J. Calvar Gross, *La batalla del mar océano: corpus documental de las hostilidades entre España e Inglaterra (1568-1604)*, Madrid 1988, vol. III, t. III, doc. 4077.

que habría de repeler la invasión inglesa en Portugal<sup>214</sup>; a Zamora fue don Hernando, acompañado de brillante cortejo, aunque no llegaría a trabar combate. La última ocasión que tuvo de comandar tropas tuvo lugar a raíz de las alteraciones de Aragón, en 1591. El mando se dio a don Alonso de Vargas, al parecer con gran disgusto del prior, que se creía con más méritos para el puesto<sup>215</sup>.

Don Hernando no alcanzó a contemplar el resultado de la campaña aragonesa. Todavía a principios de 1591 participaba activamente en asuntos de gobierno (por ejemplo, en la “Junta Grande de Hacienda”<sup>216</sup>, entre otros) pero la muerte le llegó en el mes de octubre, y con él desapareció una generación de consejeros y ministros de Felipe II: unos meses antes había fallecido, casi olvidado del rey, el que fuera su gran amigo y otrora poderoso secretario, Mateo Vázquez; en desgracia se fue de la Corte, para morir al poco, otro significado miembro el “partido castellanista”, el Conde de Barajas; también fallecía un antiguo elemento del “partido papista”, reconvertido tras su regreso a la Corte en 1588, el Marqués de Almazán; y Andrés de Alva, secretario del Consejo de Guerra para asuntos del mar.

El prior fue finalmente enterrado en Consuegra, cabeza del priorato, en un convento de carmelitas que había ayudado a fundar, dejando 14.000 ducados de manda para la canonización de Teresa, fundadora de la Orden<sup>217</sup>.

<sup>214</sup> AGS. GM, leg. 262, n° 232.

<sup>215</sup> Véase nuestro trabajo *La profesionalización*, cit., p. 444; sobre esta campaña M. Gracia Rivas, *La “invasión” de Aragón en 1591: una solución militar a las alteraciones del Reino*, Zaragoza 1992.

<sup>216</sup> C.J. Carlos Morales, *El Consejo de Hacienda de Castilla, 1523-1602. Patronazgo y clientelismo en el gobierno de las finanzas reales durante el siglo XVI*, Valladolid 1996, p. 156.

<sup>217</sup> Cabrera De Cordoba, *Historia*, cit., vol. III, p. 503.